

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

murio dos veces

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

MURIO DOS VECES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 458

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 48.019 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero, 1971

© BURTON HARE, 1971
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.062 — Noches de fuego y muerte.

En Colección PUNTO ROJO

439 — Guerrilleros del crimen

En Colección ENVIADO SECRETO:

134 — La muerte de terciopelo.

CAPÍTULO PRIMERO

Morand entró en la sala de detectives y dio un vistazo. Había tres de ellos repasando informes y cintas de teletipo.

Morand hizo una seña a uno, al tiempo que se acercaba al tanque de agua.

—¿Algo nuevo? —preguntó el elegido, levantándose.

—Nada. Pero se me ha ocurrido que podemos esparcir unos cartuchos de dinamita por ahí, Stout.

El detective de primera, Stout, le miró frunciendo el ceño.

—Quizá no tengo mi día brillante, teniente, pero no le comprendo...

Morand sonrió, apuró un vaso de agua y se volvió.

—¿Tiene algo urgente que hacer?

—Nada. Tenemos un día tranquilo hoy.

—Vendrá conmigo.

Se encaminó a la puerta. El detective le siguió, rascándose la nuca, lleno de perplejidad. Nunca sabía qué se agitaba en la cabeza del teniente Morand, pero la experiencia le había enseñado que, por regla general, sus ideas valían como el oro, de manera que fue tras él hasta la calle.

La acera hervía, a esa hora de la tarde. La calle Grant era un hormiguero de gentes apresuradas, vendedores callejeros y coches apretujándose en la calzada.

Anduvieron uno al lado del otro hasta dar la vuelta a la esquina. Descendieron la rampa que conducía al garaje subterráneo de la policía, y, poco después, salían, a bordo del «Ford» particular del teniente.

—¿Puede decirme cuál es la gran idea, o se trata de un acertijo?

Morand bajó el cristal de la ventanilla.

—Quiero invitarle a un *whisky*, Stout.

—¿Qué?

—Un *whisky*. No estamos legalmente de servicio ahora.

—Bueno.

Stout se encogió de hombros. No estaba de humor para realizar piruetas mentales, tratando de adivinar qué demonios se proponía su jefe, de modo que se recostó cómodamente en el asiento y se dedicó a contemplar el espectáculo que se le ofrecía a través de la ventanilla.

Especialmente, contemplaba a las mujeres. Stout era un ferviente admirador del sexo llamado débil, y se encandilaba con la legión de hermosas representantes del mismo que desfilaban por las aceras.

Una vez más pensó que el invento de la minifalda había sido, a su modo de ver, tan acertado como la electricidad, pongamos por caso.

—¿Conoce The Cave?

—¿Qué dijo? —preguntó, dando un respingo.

—Iremos a ese tugurio, Stout.

—¿Qué tugurio?

El teniente ladeó la cabeza y le miró, estupefacto.

—The Cave —repitió—. Se lo dije antes.

—Estaba distraído.

—Seguro que estaba distraído —comentó con sarcasmo.

—No prestaba atención, eso es todo.

—Su atención estaba prendida en las piernas de las mujeres, seguro.

—¿Sabe usted un sitio mejor donde poner la atención?

—Me pregunto si... Olvidémoslo —bufó—. Quiero dejar un cartucho de dinamita, metafóricamente hablando, en esa cueva.

—Metafóricamente hablando, me está usted volviendo loco. No le entiendo una maldita palabra, teniente.

—The Cave pertenece a Chuk Andros, ¿está claro ahora?

—Tan claro como un lago de tinta.

Morand suspiró.

—Chuk Andros es íntimo de Giorgio Scarfino. Incluso a veces han estado asociados en algunos de sus puercos negocios.

—Eso lo entiendo, pero...

—Cualquier cosa que le soltemos a Chuk, es seguro que llegará a oídos de Scarfino, que es precisamente lo que me propongo.

—Ya veo.

—Le costó lo suyo, ¿eh? Tal como dijo, no tiene usted su día más brillante precisamente.

Stout ahogó un juramento, pero no replicó.

The Cave era un local grande, establecido en un sótano, decorado como si fuera un anticipo del infierno, cosa que el decorador había conseguido casi por completo. El antro estaba lleno a todas horas, aunque su clientela variaba, según fueran las siete de la tarde o las doce de la noche.

La que se apretujaba en su pista de baile, casi a oscuras, cuando los dos policías entraron, estaba compuesta de jovenzuelos melencoliosos, agitándose epilépticamente. Era difícil distinguir los chicos de las chicas. Stout emitió un gruñido de desagrado.

Cuando se acercaron al mostrador, recibieron algunas miradas que no auguraban nada bueno. Incluso el mozo les ignoró, con evidente desprecio.

El mozo era un individuo cuya melena se extendía sobre sus hombros. Sus cejas depiladas formaban un arco perfecto.

—¿Qué le parece?

La pregunta del teniente arrancó una obscenidad al detective de primera, Stout. Morand rió entre dientes.

—Modérese, Stout. Esas expresiones no son propias de usted...

Hizo una seña al dependiente, sin conseguir que se acercase. Stout se apartó, yendo hasta el lugar donde el delicado tipo permanecía acodado sobre el mostrador.

El detective alargó la zarpa y le atrapó por la pechera de la camisa. Tiró y casi lo tendió sobre la barra.

—Tal vez eso despierte tu atención, niño —bufó.

El mozo estuvo a punto de desmayarse. Stout siguió tirando de él, ante el estupor de los clientes que había alrededor. Tiró tanto que le sacó del mostrador y le dejó ante él, tambaleándose, temblando como un flan.

—Ahora, echa a andar como un hombrecito y escucha lo que ese «hombre» de ahí tiene que decirte —dijo, señalando al teniente.

El mozo retrocedió cuando Stout avanzó. Antes de que se diera cuenta, había tropezado con Morand, que le apretó contra la barra brutalmente.

—¿No viste que te llamaba?

—No, yo...

—¡Sí lo viste, niño! —le espetó Stout.

—Busca a Chuk Andros, antes que acabe mi paciencia. Dile que queremos verle. ¡Vamos, muévete!

El empujón le lanzó cinco pasos más allá, dando tumbos. Hubo un murmullo de protesta entre los melencidos cercanos, pero el aspecto de los dos hombres no era precisamente como para provocarles, y el murmullo murió sin más.

El mozo trotó hasta el fondo del local y desapareció tras una cortina. Un minuto después volvió a aparecer como si hubiera rebotado.

—El señor Andros está en su despacho —balbució, pálido.

—Guíanos.

—¿No saben el camino, polizontes?

—Sí.

Dio media vuelta y les precedió, sin más objeciones. Apartó la cortina para que pasaran y gruñó:

—Al fondo. La puerta que...

—¡Guíanos!

La orden estalló como un disparo. Dio un salto y corrió delante de los dos hombres, que casi le doblaban en tamaño.

Llamó con los nudillos a una puerta. Una voz ronca dijo algo al otro lado y la abrió.

—Aquí están, patrón... —anunció.

Entraron. Stout cerró de un portazo, con la esperanza de pillarle las narices al afeminado individuo. Luego, avanzó en pos de su jefe hasta la mesa tras la cual estaba sentado Andros.

Éste era un hombrecillo semejante a una bola de sebo. Su piel era extraordinariamente pálida y grasosa. Tenía unos ojillos astutos y brillantes, que no se apartaban un segundo de sus visitantes.

—Policías, sin duda —gruñó.

—Usted lo sabe bien, Andros. Nos conoce.

—A usted, sí. A ese otro, no.

—Es suficiente. ¿Qué tal marcha su negocio, Chuk?

Las cejas del hombrecillo saltaron hacia arriba, incrédulo.

—¿Ha venido a interesarse por mis negocios, teniente?

—En parte solamente... Vengo a que me diga qué sabe usted del gran James Barrow.

Andros casi se levantó de su sillón.

—¿Barrow? —balbuceó—. ¿Y viene a preguntármelo «a mí»?

—Ajá. Usted tiene contactos entre la basura.

—¡Están locos!

—¿Sus contactos?

—¡Ustedes, maldita sea! James Barrow emprendió el vuelo hace casi un año.

—Seguro.

—Entonces, ¿por qué vienen aquí con esa estupidez?

—Usted sabe que ha regresado a la ciudad, Chuk. Tiene que saberlo, con la cantidad de soplones que mantiene.

—¿Barrow está en San Francisco?

Su voz semejó un balido.

Morand arrugó el ceño.

—No haga teatro. Usted ya lo sabía.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Le juro que no...

Morand pareció que empezaba a preocuparse.

—¿Está diciendo la verdad?

—No tendría objeto mentirle en esto... ¡Barrow, en la ciudad! No puedo creerlo...

—Tal vez me he precipitado al venir aquí —rezongó el teniente, entre dientes—. Creí que estaba enterado, por medio de sus soplones...

—¡Ni una palabra!

—Entonces, hemos metido la pata —gruñó Morand—. Ya nos veremos otra vez, Chuk.

Vámonos, Stout.

Giró hacia la puerta, seguido del silencioso detective. Andros se levantó de un salto, a pesar de su volumen, y corrió para rodear la mesa.

—¡Esperen!

El teniente ya tenía la mano en el pomo de la puerta.

—¡Tienen que detenerlo! —jadeó el gordo—. ¡Ese tipo es una bestia salvaje!

—¡No me diga!

—Ustedes lo saben tan bien como yo... ¡Deben cazarlo antes que...!

—¿Antes de que les mate a usted y a Scarfino, era eso lo que iba a decir?

El grasoso se quedó sin habla.

Stout gruñó:

—Tal vez fuera una gran cosa no cazar a Barrow... hasta después, teniente. Hasta después de que se cargase a esos dos, quiero decir.

—¡Usted no puede hablar en serio! —gritó Andros.

Salieron, cerrando la puerta suavemente.

Morand dijo:

—Ahora es cuando vamos a tomar ese *whisky*, Stout. Se lo merece usted, por ese toque final que le ha dado al asunto...

—Maldito si entiendo nada de esto, pero me pareció que debía decir algo yo también.

—Y dijo lo justo.

En el mostrador, el mozo no quiso correr más riesgos. Les sirvió con una celeridad digna de mejor causa, pálido todavía, la melena revuelta y sus depiladas cejas no tan arqueadas como parecían en un principio.

Stout bebió todo su vaso, antes de indagar:

—Ahora que ha efectuado usted su representación, teniente, ¿le importaría decirme qué infiernos significa todo esto?

Morand suspiró.

—Sé que James Barrow está en la ciudad. El informe que me llegó era digno de toda confianza, pero es prácticamente imposible localizarlo. Por otra parte, Barrow daría su mano derecha por ver a Scarfino bajo tierra, y los mismos sentimientos abriga Scarfino hacia Barrow...

—Bueno, eso ya lo sé.

—Entonces, el resto es fácil. Espero que Scarfino mueva todos sus hilos, todas sus influencias, todos sus contactos en el alto y bajo mundo, tratando de localizar a Barrow, con lo que nos dará el trabajo hecho... y hasta quizá meta la cabeza en un nudo corredizo.

—Ya veo...

—Sólo que yo no podía ir directamente a Scarfino con el cuento, sin que se oliera la trampa. ¿Está claro ahora?

—Muy claro. Pero se me antoja un juego muy sucio, teniente.

—Ajá. Ellos juegan sucio siempre. De vez en cuando, hay que

ensuciarse un poco las manos para tener ocasión de utilizar el jabón, Stout.

—Otra vez habla en acertijos. Usted equivocó la carrera.

—¿De veras?

—Debió elegir la de pastor metodista. Sus sermones hubieran sido de antología.

—Sí, bueno, pero ahora pague usted otro *whisky*, antes de largarnos de este basurero.

De modo que Stout pagó otra ronda.

Refunfuñando, desde luego.

CAPÍTULO II

Giorgio Scarfino rozaba los cuarenta años, era alto y delgado, nervudo, de tez cetrina y cabellos muy negros, lisos y siempre cuidadosamente peinados, con un exceso de brillantina.

Su boca era un tajo delgado en su cara de pómulos pronunciados, tan cruel como sus ojos pálidos y hundidos. Los que lo conocían bien decían de él que carecía de nervios, que no se alteraba por nada, excepto por las mujeres. No obstante, frente al rechoncho Andros, no cabía duda que estaba alterado como un demonio.

—No lo creeré en mil años —rezongó—. Barrow era un cobarde, en el fondo. Nunca se atreverá a volver a la ciudad...

Chuk Andros restregó furiosamente un pañuelo por su húmeda cara grasosa.

—Te juro que es cierto, Giorgio. Ese maldito «poli» me lo dijo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué fue a decírtelo precisamente a ti?

Andros suspiró.

—Ya te lo dije; él creía que los soplones que me informan de cuánto ocurre, habían captado la noticia...

—Me parece muy extraño que ese pies planos metiera la pata de ese modo.

—Pues así fue. Cuando comprendió su error, se daba a todos los diablos.

Scarfino refunfuñó entre dientes.

Se paseó de un lado a otro del gran despacho, en su lujosa residencia de Nob Hill. Tras un silencio, Andros dijo:

—He puesto a todos los confidentes a trabajar en esto, Giorgio. Si no lo cazamos a tiempo, jamás podremos vivir tranquilos. Barrow podía ser un cobarde, como tú dices, pero también era una bestia

salvaje, vengativo y sanguinario. Y también sabes qué haría con nosotros, si pudiera...

—No necesitas recordármelo.

—Tú tienes hombres resueltos y bien armados custodiándote en todo momento, pero yo, no. Puede matarme cuando se le antoje, sin muchas dificultades...

Scarfino no le hizo caso.

—Hay algo en todo esto que no me gusta. Esos «polis»... llevaban algo entre ceja y ceja, cuando fueron a verte, Chuk. Nunca hacen nada por nada, especialmente ese teniente Morand. Lo conozco bien; es de los que jamás aceptan un soborno de nadie, uno de esos pies planos empapados de legalismos y reglamentos... y abriga hacia mí los mismos sentimientos que pueda sentir Barrow. Si se molestó en soplarle las orejas, fue porque llevaba alguna idea entre ceja y ceja.

—Ya te he dicho que...

—Sí, ya sé lo que has dicho. Pero yo no soy tan estúpido como tú, maldita sea. Si te contó ese cuento fue porque pensó que tú correrías a decírmelo a mí, seguro.

—¿Con qué objeto? No tiene sentido.

—Piensa un poco, Chuk. Yo tengo una pandilla de tipos duros, dispuestos a todo. Tengo contactos en toda la ciudad y fuera de ella... Ese polizonte seguro que pensó que mandaría a mis hombres a la caza de Barrow.

—Bueno, ¿y qué con eso?

—¿No lo comprendes aún? Si yo encuentro a Barrow, lo convertiré en una criba, lo mismo que él, si logra llegar hasta mí. Muy bien, en cualquiera de los dos casos, Morand se sentiría más que satisfecho. Por eso te sopló las orejas, con la esperanza de que yo cazase a Barrow, sin perder tiempo. Incluso es posible que abrigue la esperanza de que después pudiera cargarme con la muerte de ese salvaje, con lo que el teniente quedaría muy satisfecho.

—Entiendo...

—De todos modos, se me ocurre que para que hiciera algo así, debe existir una base.

—¿A qué te refieres?

—A que debe ser cierto que James Barrow regresó. Si uno lo

piensa un poco, no cabe otra explicación. Habrá que moverse, Chuk. Reparte dinero en grande para localizarlo. Yo haré también lo que tengo que hacer.

—Está bien... ¿Dónde estarás esta noche, si necesito llamarte?

—Iré al The Dame. Después, me encontrarás aquí.

—Bueno.

Andros se levantó. Al salir de la estancia, casi tropezó con los dos gorilas que montaban guardia fuera, en el pasillo. El gordo sabía que había otros cuatro o cinco matones más en la casa. Una cuadrilla de pistoleros como quedaban pocas ya... hombres de la vieja escuela, a su modo tan brutales como el propio Scarfino o, pensándolo bien como James Barrow.

Se estremeció al pensar en el salvaje Barrow. Se dejó acompañar por uno de los guardianes hasta la salida, y poco después se dirigía al centro, conduciendo su «Cadillac» último modelo.

Durante el trayecto se preguntó decenas de veces dónde se escondería Barrow... el maldito Barrow. Si pudiera cazarlo...

Se levantó como impulsado por un resorte. Sus nervios estaban tensos, debido al voluntario encierro en el pequeño apartamento.

Se acercó al teléfono, pero antes de descolgarlo desistió de la idea. Volvió atrás y fue hacia la ventana, contemplando el inmenso panorama de azoteas, tejados, chimeneas y el complicado bosque de antenas de televisión, que se extendía ante él, millas y millas.

James Barrow era alto, recio, corpulento, amazotado como un bloque de granito. Había algo inquietante en sus brutales facciones, una expresión de crueldad innata, de salvajismo, quizá.

Encendió un cigarrillo con dedos poco seguros. De un tiempo a esta parte, su pulso le gastaba esas jugarretas. Él, que jamás había temblado ni en los cruciales instantes de cortarle el cuello a cualquiera de sus enemigos.

Reconoció que tenía los nervios alterados. El largo encierro, el alejamiento de su ambiente preferido, la ausencia total de mujeres en su vida, puesto que no había querido correr ningún riesgo... Sacudió la cabeza.

Después, sus ideas giraron en otra dirección.

Era importante todavía. Tenía poder aún, el poder que proporcionan las armas. Y cuando consiguiera eliminar a Scarfino y apoderarse de su red de protección, volvería a dominar la ciudad

como amo absoluto. Los polizontes tendrían que mantenerse apartados de él, porque lo protegería una muralla de hombres poderosos e influyentes.

Y entonces les enseñaría a todos quién era él, en realidad. Y volvería a disponer de las mujeres más bellas...

Pero hasta que eso llegara, había mucho que hacer.

De nuevo, instintivamente, se acercó al teléfono. Dudaba aún entre descolgarlo o no cuando el aparato rompió a llamar con su timbre agudo.

Barrow dio un respingo y lo descolgó de un manotazo.

—¿Quién? —Gruñó.

—¿Quién demonios crees que puede llamarte ahí? —replicó una voz profunda y lenta—. Leo.

Suspiró, aliviado.

—Creí que te habías olvidado de mí —refunfuñó, no obstante.

—Tonterías.

—¿La encontraste?

—Todavía no. ¿Estás seguro de que existe esa mujer? Hasta ahora, no pude encontrar el menor rastro.

—¡Maldición! Claro que estoy seguro. Estaba casado con ella... estuvo casado más de dos años, en sus principios. Luego, cuando se encaramó a las alturas, la apartó de su lado a puntapiés.

—Eso era propio de Scarfino...

—Se casaron aquí, en San Francisco. Puedes recurrir al registro civil, si quieres, sólo para tu tranquilidad.

—Lo haré. Pero se me ocurre que si ella se divorció después, no sacaremos nada con localizarla ahora.

—Eso déjalo de mi cuenta. Tú solo encuéntrala.

—De acuerdo.

—Y ven aquí esta noche. Casi no me queda tabaco.

—Tranquilízate, muchacho. Todo irá bien.

—Estoy tranquilo.

—Te traeré tabaco —prometió la voz del teléfono.

—Espera un minuto, no cuelgues...

—¿Qué pasa ahora?

—La otra, ¿has hablado con ella?

Sonó una risita al otro lado del hilo. La voz fue un poco menos perezosa cuando dijo:

—Ya lo creo que sí... ¡Qué ejemplar, muchacho! Una entre un millón.

—¿Has desperdiciado el tiempo con ella, por eso no llamaste en todo el día?

—Amigo, hubiera desperdiciado el tiempo muy a gusto, si ella me hubiese dejado, pero es una dama con un cerebro como una máquina de calcular. No, chico; sólo estuve hablándole.

—¿Y...?

—Está de acuerdo.

—¿Por cuánto?

—Cinco.

—¡Infiernos! Por ese precio podría hacerlo yo.

—Y complicar más las cosas. Estás loco, muchacho.

—Escucha, hablaremos cuando vengas esta noche. De todos modos, ese puerco no vale cinco de los grandes.

—Los vale para nosotros. Bueno, ya hablaremos. Hasta luego.

Sonó un chasquido, y el auricular enmudeció. Poco a poco, Barrow lo depositó en el soporte y regresó junto a la ventana, contemplando cómo anochecía.

Comenzó a pensar que las cosas se movían rápidamente. No tardaría en apoderarse del control de la ciudad, aunque le hubiera gustado ajustarle las cuentas personalmente a Scarfino, sólo para divertirse un poco a su manera. Pero era preciso que la policía no pudiera cargarle con el mochuelo. A fin de cuentas, el resultado, para Scarfino, sería el mismo.

Sintió tentaciones de reír a carcajadas, y necesitó un esfuerzo para dominarse.

Se tendió sobre el lecho y cerró los ojos. Pero su cerebro semejava un mecanismo que hubiera conseguido el movimiento continuo. Las mismas ideas surgían una y otra vez, se alejaban para volver casi al instante, inquietándole a veces, llenándolo de confianza, otras.

Desde luego, cuando Scarfino muriera, no le costaría mucho apoderarse de su red de protección, de sus contactos oficiales y políticos. Todos ellos desearían seguir ingresando en sus cuentas todos los meses las succulentas tajadas que se embolsaban, y muerto Scarfino sólo quedaría él capaz de proporcionarles los ingresos con regularidad.

Y todos ellos, por muy arriba que estuvieran, lo sabían.

Poco a poco se quedó dormido, de modo que tuvo un violento sobresalto cuando alguien llamó a la puerta. Hundió la mano bajo la almohada y la sacó empuñando una gran automática del «45», provista de silenciador.

—¿Quién? —Gruñó.

—Abre. Soy Leo.

Volvió a ocultar la pistola y franqueó la entrada a su socio.

Leo Vaner no pasaría de los treinta años. Vestía con corrección, tenía la piel muy pálida y sus ojos eran dos simas sin ninguna expresión.

—¿Y bien?

El recién llegado depositó un cartón de paquetes de cigarrillos sobre la mesita.

—Algo he logrado —dijo.

—Cuéntame.

—Es cierto que Scarfino estuvo casado... La mujer se llamaba Nora Rains, y nunca se divorció.

—¡Magnífico!

—No te dispaes. Esa dama murió hace muchos años, amigo.

Barrow ahogó una maldición.

—Lástima. Hubiera sido el plan perfecto...

—Todavía puede serlo.

—¿Cómo? Porque no iremos nosotros a reclamar la herencia de ese cerdo, después de haberlo despachado...

—Hay una hija.

Barrow dio un salto.

—¿Una hija de Scarfino?

—Ajá.

—No lo creo.

—Nora Rains tuvo una hija, que inscribió con su propio nombre. Imagino que nunca se lo dijo a Scarfino, por afán de vengarse de él, pero la chica existe.

—Aunque sea así, no creo que ella pueda reclamar la herencia, si su padre ni siquiera sabe de su existencia.

—Lo he consultado, y puede hacerlo. Legalmente, ella sigue siendo su hija.

—¿Y sabes dónde encontrarla?

—Todavía no, pero eso es cuestión de tiempo. Tan pronto sepa dónde vive, descargaremos el golpe.

—Estamos tardando demasiado.

—Tómalo con calma, amigo. Necesitamos una fortuna para volver a colocarnos en la cumbre, ¿no es cierto? Bueno, la fortuna de Scarfino vendrá a nuestras manos. Ese bastardo nos financiará la operación de su propia muerte.

Se echó a reír a carcajadas. Barrow rió a su vez, divertido por esa jugada maestra.

—Tienes razón —dijo, al fin—. ¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para localizar a esa chica?

—Bueno, no lo sé, pero, sea el tiempo que fuere, vale la pena. Además, hay que tener en cuenta que la otra dama necesita también un poco de tiempo para la operación. Debe tener preparado el terreno para largarse después, sin que puedan seguirle el rastro.

—Nunca me gustó meter mujeres en mis negocios, Leo.

—Ésta es un caso aparte. Te digo que puedes confiar en ella por completo.

Barrow sacudió la cabeza, dubitativo.

Leo añadió:

—Yo respondo por ella... si le pagamos lo que pide, naturalmente.

—Cinco mil pavos... Es mucho dinero.

—Seguro... Ahora, es mucho dinero. Después, cinco billetes grandes serán una bagatela.

—Conforme, no hablemos de esto.

Hablaron de otras cosas.

Pero todas giraban en torno a la muerte y el crimen.

CAPÍTULO III

—Dos semanas, y su bomba no estalló, teniente.

El burlón comentario del detective de primera, Stout, arrancó un gruñido del teniente Morand.

—Tal vez no han podido localizar a Barrow —comentó—. De lo que sí estoy seguro es que están intentándolo desesperadamente. Los soplonos de los muelles trabajan horas extraordinarias a cuenta de Andros.

—¿Y eso nos lleva a alguna parte?

Morand apartó la mirada del informe que estaba repasando, y clavó los ojos en su subordinado.

—¿Qué tiene entre ceja y ceja, Stout?

—Nada. Nada en absoluto, teniente. Pero se me ocurre que es muy cómodo esperar que otros nos hagan el trabajo. Tal vez, si pusiéramos algo de nuestra parte...

—Hay siete u ocho detectives tratando de encontrar el rastro de James Barrow. No podemos hacer otra cosa que esperar. Además, tenga en cuenta que a quien me gustaría ver en la cámara de gas es a Scarfino. ¿Lo ha olvidado?

—Eso, teniente, no creo que pueda usted verlo en lo que le resta de vida. Está demasiado bien protegido.

—Quizá, pero no desespero de echarles el guante algún día a todos esos bastardos que engordan a costa del crimen organizado. Por altos que estén, cuando Scarfino muerda el polvo, iré por ellos.

—Alguien dijo una vez que soñar no cuesta nada, teniente.

De pronto, repicó el teléfono de comunicación interior. Stout lo descolgó.

—Oficina del teniente Morand —dijo rutinariamente.

Escuchó unos instantes. Luego, gruñó:

—¿Qué ha bebido usted esta mañana, sargento? Sea lo que fuere, le ha sentado fatal...

Morand levantó la cabeza, sorprendido. Stout emitió una sarta de gruñidos que no lo comprometían a nada, y al fin refunfuñó:

—Aguarde un minuto, sargento, hablará con el teniente.

Morand alargó la mano y tomó el auricular.

—¿Qué pasa? —indagó, antes de acercarlo a su oído.

—El sargento Hyde, señor... está loco.

Morand escuchó por el auricular.

—Habla el teniente Morand —dijo—. ¿Qué ocurre, sargento?

—¿Qué le pasa a Stout, señor? Cualquiera creería que estaba hablándole en japonés...

—Al grano, sargento, yo entiendo perfectamente su idioma. ¿Qué tiene que decirme?

—Tengo aquí un individuo que afirma tener pruebas de un crimen cometido por Scarfino, señor.

—Repítalo —jadeó.

—¿Usted también?

—¡Repítalo!

El sargento lo repitió pacientemente. Antes de que pudiera terminar, Morand ladró:

—¡No le deje que se largue! ¡Stout viene por él ahora mismo!

Stout pegó un salto hacia la puerta y desapareció. El teniente preguntó, excitado:

—¿Cómo se llama el tipo?

—Marty Mac Lean, señor.

—¿Joven o viejo?

—Viejo.

—Tan pronto esté camino de mi despacho con Stout, busque en los archivos, a ver si tenemos algo sobre él, ¿comprendido? No me gusta nada esto, sargento. Hay trampa en alguna parte.

—No lo creo, señor. El tipo es decente, si usted sabe lo que quiero decir.

—Veremos.

—Tengo buen ojo para estas cosas, usted lo sabe. Este hombre es oro de ley.

—Veremos —repitió, hablando entre dientes.

—Aquí está el detective Stout, señor. Le llamaré cuando haya examinado los archivos.

—Muy bien.

Colgó tan asombrado que por unos momentos olvidó que estaba de pie como un poste, petrificado. No podía creer que la suerte se le diera de aquel modo. De ser cierto, sería la primera vez que Scarfino podría ser incriminado formalmente.

Poco después, la puerta giró y Stout introdujo a un hombre de casi sesenta años, recio, de rostro en el que se reflejaba una terca voluntad. Tenía el mentón proyectado hacia adelante, agresivo. Sus ojos eran grandes y oscuros, brillantes y belicosos.

—¿Es usted el teniente Morand, de Homicidios? —espetó, acercándose a la mesa.

—Efectivamente. Según dijo el sargento, por teléfono, se llama usted Marty Mac Lean... Siéntese. ¿Le importa que un estenógrafo tome nuestra conversación?

—En absoluto. Para eso he venido aquí.

—Llame a Jim, Stout.

El detective volvió a salir. Mac Lean gruñó:

—Creí que ese sargento que hay abajo iba a encerrarme, sólo por atreverme a venir...

—Burocracia, señor. Muy lamentable, pero necesaria, a mi modo de ver...

Morand le observó largamente, en silencio, mientras el hombre encendía un cigarrillo. Stout regresó en compañía de un muchacho joven, que empujaba ante él una mesita con una máquina estenográfica.

Sin pronunciar palabra, se instaló en el rincón más alejado, y esperó.

Stout cerró la puerta y se recostó contra ella, a espaldas del visitante, expectante y rebosando curiosidad.

Morand dijo:

—Adelante, le escuchamos.

—No sé todavía la importancia que tendrá mi testimonio, teniente, pero deseo que sea lo bastante bueno como para mandar a ese escorpión al lugar donde debe estar...

—¿Se refiere a Scarfino?

—A Giorgio Scarfino, efectivamente.

—Antes de seguir adelante, dígame, Mac Lean... ¿Lo conoce usted personalmente?

—Sólo lo vi una vez, y esta última lo reconocí perfectamente.

—¿Cuándo fue la primera?

—Cuando destruyeron mi tienda.

Morand se enderezó de golpe.

—¿Cómo fue eso?

—Hace seis meses. Protección, ¿entiende? Los mandé al infierno, y presenté una denuncia entonces. No sirvió de nada. Colocaron una bomba, después de arrojarme a puntapiés a la calle. Y allí estaba el gran jefe en un coche impresionante, esperando a sus secuaces. Bueno, mi tienda voló, volví a presentar la denuncia y no sirvió de nada.

—¿Por qué?

El hombre gruñó una maldición tan rotunda que el estenógrafo levantó la cabeza, dudando entre insertarla en lo que estaba anotando o no.

—Resultó que el gran Scarfino, cuando yo estaba viéndolo ante mi negocio, se encontraba a diez millas de distancia, en un salón de peluquería, ante siete testigos y dos de sus picapleitos que también se encontraban allí, aguardando que les cortasen el pelo.

—Entiendo.

—Me arruinó, eso es lo que hizo. Y precisamente ahora que mi hijo regresa de Vietnam, licenciado del ejército... No quiero ni pensar cómo se tomará él la cosa.

—¿Cuál era su negocio?

—Venta de coches. Tenía una concesión de la General Motors... pero me la retiraron, a raíz de lo que pasó. Volaron diecinueve coches con el estallido.

—Comprendo lo que siente. Muy bien, usted odia a Scarfino desde entonces, y le asiste toda la razón. Pero ahora parece que tiene usted algo sólido contra él, ¿es así?

—No sé hasta qué punto es sólido, dadas las circunstancias. Lo he pensado mucho, antes de recurrir a la policía por segunda vez. La primera no me sirvió de nada, de modo que no tengo mucha confianza en que ahora las cosas sean distintas.

—Pruebe a ver.

—Bueno... Hace unos días, apareció el cuerpo de una muchacha asesinada en Battery Park. ¿No es cierto?

—Sí.

—Una chica de diecinueve años...

—Llamada Margo Fontaine —terminó el teniente, por él.

—Sí, ése era su nombre. ¿A qué hora fue descubierto el cadáver?

—No lo recuerdo... Stout, traiga el *dossier* del caso Fontaine.

Mac Lean no despegó los labios hasta que el detective regresó con una carpeta. En aquel instante sonó el teléfono, y Morand lo descolgó de un zarpazo.

—¿Sí?

—Aquí el sargento Hyde, señor.

—¿Y bien?

—Nada en absoluto. Ese hombre está perfectamente limpio.

—Muy bien, eso es todo.

Colgó, abrió el *dossier* y buscó los datos que le interesaban.

—Aquí está —gruñó, al fin—. El cadáver de la joven fue descubierto por un policía de la ronda nocturna, a las dos y veinte minutos de la madrugada.

—Eso es lo que leí en los periódicos... Bueno, esa chica fue sacada de su casa a las dos y diez minutos, por el propio Scarfino.

Morand pegó un salto, estupefacto.

—¿Está seguro?

—Como de que estoy hablando con usted. Mi casa está frente a los apartamentos donde vivía esa pobre chica.

—¿Quién acompañaba a Scarfino?

—Tres de sus pistoleros. Dos estaban en la acera, esperando, y un tercero, ante el volante del coche.

—¿Estaría dispuesto a jurar esto ante un tribunal?

—¿Por qué demonios cree que vine aquí? ¡Claro que estoy dispuesto a jurarlo!

Stout dijo:

—Esto sí que es dinamita pura, teniente.

—¿Podría identificarlos? —preguntó Morand.

—¿A los pistoleros? Los que estaban en la acera, sí, pero no al del coche.

—¿Cómo está tan seguro de la hora que sucedió eso?

—Porque después que ellos se marcharon, fui a la cocina, preparé un jugo de naranja como cada noche antes de acostarme, y cuando entré en el dormitorio, di cuerda al reloj. Entonces eran las dos y cuarto, y yo no estuve más de cinco minutos en la cocina.

—Comprendo.

—De todos modos, le apuesto que ése alacrán tendrá siete picapleitos y doscientos testigos, que declararán que a esa hora se hallaba en Florida, por lo menos...

—Deje eso de mi cuenta —refunfuñó Morand, entre dientes.

—¿Va a detener a Scarfino, teniente?

—Haré algo mejor que eso, antes de echarle el guante. Realizaré una investigación completa hasta averiguar por qué el gran cacique del crimen hizo ese trabajo personalmente. Por qué fue a buscar a la muchacha él en persona, en lugar de mandar a sus matarifes y quedarse al margen. Cuando sepa qué relación había entre él y la muchacha muerta, entonces le apretaré las clavijas a fondo, a pesar de todos sus leguleyos.

Stout comentó:

—Eso, si no nos lo quitan de las manos antes de tiempo...

—Ni el presidente podría conseguirlo, si puedo tener una sola prueba contra él. En cuanto a usted, Mac Lean, a partir de ahora le asignaré una escolta.

—No tengo miedo, si es eso lo que le preocupa.

—Me preocupo por su seguridad, no por su miedo, si llega a tenerlo alguna vez. Incluso sería conveniente alojarlo en un lugar secreto... Hablaré con el fiscal y tal vez lo consigamos.

—Demasiada complicación. Además, dentro de dos días llegará mi hijo, y quiero ir a recibirlo... Después de tantos años, apenas puedo creer que vuelva a mi lado.

—Irá a recibirlo, si ése es su deseo, pero con dos agentes protegiéndole.

Mac Lean se encogió de hombros.

—Como usted quiera.

—Ocúpese de eso, Stout. Dos hombres, en turnos de cinco horas, ¿entiende?

Stout asintió y abandonó el despacho.

—Ampliaremos ahora su declaración, y luego la firmará.

Mac Lean sonrió, satisfecho.

—Ahora es cuando creo que mi testimonio servirá realmente para terminar con ese escorpión.

—Yo también lo creo. Y precisamente por eso es por lo que quiero organizar su protección con todo cuidado... Un testigo de su categoría, resuelto como usted, sólo se le da una vez en la vida de

un pobre policía.

—Quizá se deba a que la policía tampoco ha sabido infundir suficiente confianza en las gentes, teniente. No olvide lo que me pasó a mí, cuando destruyeron mi negocio.

—No lo olvido. Meteré un poco la nariz en este asunto también.

Se recostó en el sillón, satisfecho, nervioso y excitado ante la sola perspectiva de acabar con Giorgio Scarfino y su imperio de crimen y corrupción.

Sólo que antes de lograrlo, era de presumir que él pistolero lucharía como un gato panza arriba.

CAPÍTULO IV

Scarfino se recostó en el sillón, al otro lado de su impresionante mesa. Frente a él, en una de las butacas, Chuk Andros fumaba nerviosamente.

—No puedo comprender cómo en todo ese tiempo no has conseguido nada, Chuk —gruñó el cacique del crimen.

—Debe haber encontrado un escondrijo perfecto, el maldito...

—¡Dos semanas, Chuk! —gritó Scarfino—. ¡En dos semanas hay tiempo de localizar a un hombre, digo yo!

—Cuando ese hombre es James Barrow, la cosa no es tan fácil. Tengo un regimiento de tipos buscando el rastro. Ninguno consiguió nada, en estas dos semanas. Pero hay algo que me preocupa, y que quizá nos resuelva el problema.

Scarfino esbozó un gesto de duda, por lo que Andros prosiguió:

—La otra noche, uno de los confidentes me dijo que había visto a Leo Vaner. ¿Te acuerdas de él, Giorgio?

—Seguro que lo recuerdo... ¡Maldita sea! Es cierto. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Vaner era la mano derecha de Barrow, y desapareció también de la ciudad...

—Bueno, pues ahora está aquí otra vez. Barrow necesita ayuda para permanecer oculto tanto tiempo, y esa ayuda sólo puede proporcionársela Vaner... De modo que cuando vuelva a asomar las narices, mi hombre lo seguirá.

Scarfino asintió con un gesto. Pero inquirió:

—¿Dónde lo vio ese tipo, y por qué rió lo siguió ya?

—Bueno, fue una de esas cosas. Él no tenía instrucciones respecto a Vaner. Lo vio y anduvo tras él un rato. Dice que fue a consultar algo al registro civil de la ciudad. Fue al salir de allí cuando lo perdió, y no se preocupó de volver a encontrar su rastro.

—Lástima... ¿Qué infiernos buscaría Vaner en el registro civil?

—Cualquiera sabe.

—Absurdo.

—Hay otra cosa, Giorgio...

—¿Qué cosa?

—Los «polis» están buscándolo también.

—Eso ya lo sé.

—Bueno, tal vez si hicieras una llamada a tus informantes de la central, quizá...

—Me lo hubieran comunicado, sin necesidad de preguntarles, en caso de que Barrow hubiese aparecido.

—De todos modos, inténtalo. Quizá haya surgido alguna pista en las últimas horas.

—No me gusta llamar a la central. Esos polizontes hacen mil trucos con los teléfonos... Consultó su reloj y murmuró entre dientes:

—Aunque tal vez Gale haya salido ya...

Descolgó el auricular, y marcó un número, después de consultarlo en un pequeño cuaderno de tapas negras, que sacó de un cajón.

Alguien, al otro extremo del hilo, descolgó el auricular y una voz gruñó:

—¡Hable!

—¿Gale?

—Sí...

—Aquí Scarfino.

—Ya le dije una vez que no quería oír nombres por teléfono.

—Oh, al diablo con eso. ¿Qué noticias tiene para mí?

—Algo muy importante. Me disponía a llamarlo cuando usted lo ha hecho.

—¿Algo sobre el paradero de Barrow?

—¡Infiernos! Nada de nombres.

—Está bien, está bien, tiene usted miedo...

—Llámelo así, si quiere.

—Bueno, ¿es referente a él o no?

—En absoluto. No hay el menor rastro de ese hombre.

—¡Condenación!

—Pero sí hay algo que debe preocuparle mucho más, amigo.

—¡Hable de una vez!

—No puede ser por teléfono. He de verle.

—Eso lo complica...

—Podemos encontrarnos en el lugar de costumbre. Usted sólo tiene que aguardarnos en su coche.

—No me gusta eso. Es peligroso para los dos, si alguien lo reconoce a usted.

—Es la única forma.

—Adelánteme algo para que pueda decidir si es importante o no.

—Hay un testigo de primera categoría contra usted.

—¿Hay qué? —bufó el pistolero, incrédulo.

—Un testigo. En relación con cierta chica.

—Maldito si le entiendo. ¿Qué chica?

Hubo un silencio. El individuo titubeaba. Luego dijo rápidamente:

—Margo Fontaine.

Scarfino se levantó de un brinco.

—¡Infiernos! ¿Cómo es posible...?

—Se lo contaré todo cuando lo vea.

—Dentro de una hora, Gale, en el lugar de costumbre.

—De acuerdo. Creo que esto bien vale una cantidad extra, ¿eh?

—Seguro. Le recompensaré bien.

Colgó con una furia ciega llenándole los sentidos. No podía comprender cómo había sucedido aquello. Era la primera vez en su vida que una cosa semejante tenía lugar. Y precisamente en «ése» crimen en que hubo de actuar personalmente para evitar escándalo.

Andros, inquieto, preguntó:

—¿Qué pasa, Giorgio?

—Te lo contaré por el camino —gruñó, dirigiéndose a la puerta.

Chuk Andros trotó tras él, más inquieto cada vez, insistiendo en su pregunta. Finalmente, Scarfino masculló:

—Lo sabrás todo cuando estemos en marcha. He de hablar con Gale para estar seguro... De todos modos, habrá que eliminar a un tipo y pronto...

Los dos salieron como si los persiguiera el diablo.

De aquella entrevista saldría una sentencia de muerte.

El gigantesco buque atracó en el muelle, bajo la catarata de luz de los focos. Una multitud agitada y curiosa se apiñaba esperando a parientes y amigos que llegaban en el barco, procedentes de lejanas

y exóticas tierras.

Durante las operaciones de atraque y tendido de las pasarelas, la gente se arremolinó para estar lo más cerca posible del pasillo por el que los pasajeros se dirigían a la aduana. Todos querían ver cuanto antes a los que llegaban.

Un poco apartado de la multitud, pero cerca de la valla, Marty Mac Lean aguardaba con mal contenida emoción a su hijo. Cuando ya había desesperado de volver a verlo vivo, después de tantos años en el infierno de Vietnam, regresaba sano y salvo, como si hubiera podido saber que precisamente entonces era cuando más lo necesitaba.

Instintivamente, miró a su alrededor, pero no pudo ver a los dos agentes de paisano que lo custodiaban. Se encogió levemente de hombros. Sabía que estaban allí, y eso era suficiente para sentirse seguro.

La riada de pasajeros del buque comenzó a desfilar por la pasarela. El murmullo de la multitud se elevó con las exclamaciones de los que reconocían a sus parientes o amigos, a quienes esperaban desde mucho antes.

De pronto, Mac Lean vio a su hijo. Dio un respingo y gritó:

—¡Gordon!

Su voz se ahogó entre el clamor de otras muchas que se desgañitaban al unísono.

Agitó la mano, pero tampoco consiguió que su hijo lo viera.

Se deslizó a lo largo de la valla. Dos hombres que habían permanecido junto al borde del gran grupo de gente de aquel extremo se movieron a la vez para estar más cerca de él.

Marty Mac Lean no tenía ojos más que para el fornido mocetón que descendía la pasarela sin prisas, cargado con una pequeña maleta maltratada.

Cuando llegó abajo, oyó el grito de su padre, y se volvió.

—¡Padre! —exclamó, sonriendo.

Se dirigió hacia el viejo. Soltó la maleta, y los dos hombres se abrazaron a través de la valla que les llegaba apenas a la cintura.

—¡Santo Dios, cuánto me alegro de verte, hijo! —balbuceó Marty Mac Lean con voz ronca.

—Y yo a ti, viejo... Tienes un aspecto magnífico.

—Tú estás mucho más delgado.

—¿Qué tonterías estamos diciendo? Espera que pase la aduana, y podremos hablar hasta quedarnos roncos. Tengo tantas cosas que contarte...

—Seguro que las tienes.

Lo miró, lleno de orgullo. Gordon Mac Lean era alto, delgado y fuerte. Tenía hombros poderosos y cintura estrecha. Su rostro poseía una suerte de dureza que la atezada piel resaltaba. Unos ojos de mirar inquisitivo parecían chispear, llenos de curiosidad.

—Recuérdame que debo tirarte de las orejas, hijo, por haber escrito tan pocas veces en estos años.

Había una ligera humedad en los ojos del viejo. El joven se emocionó y dijo, inseguro:

—No podía escribir muy a menudo, tú sabes... Donde yo luchaba no había servicio de correo.

—No te comprendo. El correo funciona perfectamente en el ejército.

—Tal vez, pero no detrás de las líneas del enemigo.

—¡Cielos!

—Ya te contaré. Voy a ver si termino con los trámites y...

No terminó. Sonó un seco estampido en alguna parte, un estampido como él oyera a millares en las lejanas selvas. Vio a su padre acusar el impacto de la bala y saltar contra la valla como si quisiera derribarla, y luego doblarse sobre sí mismo, con una horrible mueca en su rostro contorsionado.

—¡Padre! —rugió.

Saltó la valla de un brinco y llegó a tiempo de sostener a su padre entre los duros brazos.

—¡Hijo...!

—¡Te sacaré de aquí...! ¿Dónde te dieron?

—Yo... estoy... acabado...

De pronto, dos hombres armados de revólveres surgieron bruscamente a su lado.

—¿Cómo está?

Los miró, aturdido y furioso.

—¿Qué significa todo esto, por qué...?

—Llévelo a la sala de aduanas.

Los dos se alejaron corriendo en la dirección donde había sonado el estampido. La gente estaba arremolinándose ahora a su

alrededor, pero abrieron paso cuando Gordon levantó el fibroso cuerpo de su padre y echó a andar a lo largo de la valla, por su parte exterior.

Aparecieron unos guardias de los muelles, que le ayudaron a abrirse camino.

En alguna parte sonaron una sucesión de estampidos. Rápidos disparos de revólver, y el bronco tronar de un rifle.

Las gentes echaron a correr.

Gordon Mac Lean, lleno de dolor ante la agonía de su padre, llegó al despacho de aduanas. Tendió el desmadejado cuerpo sobre un diván y pidió:

—¡Que alguien llame a un médico, rápido!

—Debe haber uno de servicio... no tardará más que unos minutos. ¿Qué fue lo que pasó?

—No sé... Alguien disparó contra mi padre.

El viejo movió los labios sin que ningún sonido brotara de ellos. Gordon, inclinándose, murmuró:

—Tranquilo, viejo. El médico estará aquí dentro de unos instantes.

—Llegará... tarde... hijo.

—No digas tonterías. Saldrás de ésta.

Pero él sabía, mejor que nadie, que mentía. Había visto demasiadas heridas de bala en el infierno verde que había dejado atrás para saber cuándo una de ellas era mortal de necesidad.

—¿Por qué te hirieron? —indagó, tenso y dolorido.

—Ese bastardo...

—¿Quién, padre?

—Scarfino...

—¿Quién es Scarfino?

—El teniente... te lo dirá... Hay que cazarlo... para que... para que no siga asesinando...

Un hombre vestido con una bata blanca de manga corta llegó apresuradamente, provisto de un pequeño maletín.

—¿Me permite? —Gruñó.

Gordon se apartó, dejando que el médico hiciera su trabajo. Un policía entró, dio un vistazo a lo que estaba sucediendo, y volvió a salir, ante la expectación de los oficiales de aduanas.

—¿Cómo está, doctor?

El médico se incorporó poco a poco.

—Hay que llevarlo al hospital, sin pérdida de tiempo... pero creo que no debe usted abrigar muchas esperanzas. Ese balazo es...

—Lo sé. He visto otros.

—Hijo...

El moribundo se agitó. Gordon se precipitó hacia él.

—No hables. Van a llevarte al hospital, padre.

—Será demasiado... tarde. Habla con el teniente... Morand...

La cabeza del anciano cayó a un lado. El médico volvió a inclinarse sobre él y suspiró.

—Ha muerto —murmuró.

Gordon se irguió poco a poco. El aturdimiento del principio dejaba paso al dolor y a la ira más absolutos. Había creído dejar atrás los espectáculos de violencia y sangre al abandonar Vietnam, pero ahora se daba cuenta de su error. Comenzaba a darse cuenta de que había abandonado unas selvas verdes y peligrosas para hundirse en otra selva más traicionera y mortal, si cabe, una selva de cemento y acero, en la que se agazapaban unos enemigos más implacables aún que aquellos contra los que había luchado durante años y años.

De pronto, se abrió la puerta y entró uno de los agentes que habían tenido a su cargo la custodia del anciano. Se detuvo en seco al ver la situación.

—¿Está...?

No terminó. El médico gruñó:

—Muerto. ¿Quién es usted, joven?

—Policía.

Gordon se volvió. El agente se plantó ante él, y murmuró con voz insegura:

—Lo siento, Mac Lean... De veras lo lamento. Hubiera preferido que esa bala me hubiese tumbado a mí.

—¿Por qué?

—Porque mi compañero y yo estábamos encargados de la custodia de su padre. Pero nadie puede proteger a un hombre, cuando le disparan con un rifle, desde tanta distancia.

—Protegerlo... ¿Por qué? No comprendo.

—El teniente Morand podrá contárselo. Pero si le sirve de consuelo, el asesino ha sido abatido por mi compañero. Ése no

volverá a disparar jamás contra nadie.

—Eso no le devuelve la vida a mi padre.

—No, claro...

Turbado, el policía retrocedió un poco, descolgó el teléfono y empezó a hablar rápidamente.

Gordon se movió, rígido, junto al cadáver de su padre. Ante sus ojos había un sospechoso velo, al contemplar a aquel hombre viejo que siempre le había esperado, y cuyas cartas, cuando le eran entregadas después de meses de escritas, hablaban invariablemente de sus esperanzas, de su soledad, de sus proyectos para cuando él volviera. A través de ellas se había establecido un recio vínculo entre los dos hombres, que quizá no había existido antes de su incorporación al ejército, pero que ahora estaba seguro que hubiera significado la felicidad para aquel hombre viejo, enérgico y, a pesar de todo, cansado de luchar.

Entonces empezaron a llegar otros policías, y se originó una confusión que le mantuvo apartado un tiempo interminable.

Hasta que un hombre alto y recio, de extraña y penetrante mirar, entró y se presentó a sí mismo.

—Soy el teniente Morand —dijo—. Me gustaría poder decirle cuánto lamento lo sucedido, pero creo que usted lo comprenderá mejor, si hablamos un rato con tranquilidad. ¿Quiere acompañarme, Mac Lean?

Gordon, tras una última mirada al cuerpo de su padre, siguió al teniente, fuera de la estancia.

CAPÍTULO V

Cuando Morand calló, reinó un pesado y largo silencio.

Al fin, Gordon Mac Lean irguió la cabeza y miró al policía con ojos que relampagueaban.

—No puedo comprenderlo —murmuró—. ¿Cuándo acudió mi padre a ofrecerse como testigo?

—Hace tres días.

—Se me antoja que cometió la mayor estupidez de su vida —dijo entre dientes.

Morand, comprendiendo perfectamente el estado de ánimo de aquel hombre, se abstuvo de toda réplica.

Ante su mutismo, Gordon añadió:

—¿Cómo lo supo ese individuo... Scarfino, o como se llame?

—No lo sé. El asunto se mantuvo secreto desde el principio. Puse especial cuidado en que no trascendiera en absoluto. La prueba de que el silencio fue bien observado, es que ningún periodista olió siquiera la noticia.

—No obstante, lo han asesinado... ¡Pobre viejo!

—Sólo puedo decirle que su padre era una gran persona.

—Eso no le ha servido de mucho.

—Cálmese. Cazaremos al que lo mató, y entonces usted se sentirá mejor.

—Según uno de sus agentes, ya lo cazaron.

—Tumbaron al que efectuó el disparo, pero no al que ordenó y organizó la operación.

—¿Scarfino?

—¿Quién si no?

—Una vez más, me gustaría saber cómo averiguó que mi padre iba a declarar contra él, en un asunto tan grave...

—Lo descubriremos.

—Si es cierto que usted mantuvo el asunto en la mayor

discreción, debiera serle fácil saber quién dio la noticia a ese criminal...

—Eliminación, ¿no es eso lo que sugiere?

—Ni más ni menos. Eliminar, uno a uno, los que estaban enterados hasta encontrar al traidor. Le juro que me gustaría tenerlo entre mis manos, aunque sólo fueran cinco minutos, igual que a ese Scarfino.

—Tómelo con calma.

Mac Lean se levantó, paseándose de un lado a otro. Cuando se detuvo frente al policía, su mirada parecía tan fría como un témpano de hielo.

—Quiero que me cuente la historia de Scarfino, teniente.

—¿Por qué?

—Quiero conocer a ese hijo de perra como a mí mismo, eso es todo.

—Repito la pregunta: ¿por qué, Mac Lean?

Gordon esbozó una mueca.

—Porque algún día lo mataré.

Morand pegó un respingo.

—Está ofuscado... usted no puede hacer eso.

—Él ha ordenado asesinar a mi padre, ¿no es cierto? Y por lo que voy comprendiendo, ha asesinado a otras personas, en su larga carrera de crímenes, entre ellas a esa muchacha... Margo Fontaine. Bueno, probará su propia medicina.

—Y me obligará a proceder contra usted. Nadie puede tomarse la justicia por su propia mano.

—Yo, sí.

Morand se desesperó.

—Usted es una persona como las demás, Mac Lean.

—No.

—¿Qué dijo?

—No soy una persona como las demás.

—¿Dónde está la diferencia? —refunfuñó el teniente—. ¿O está usted loco?

—La diferencia, Morand, estriba en que a mí me adiestraron para matar.

El policía se quedó sin habla.

Él no podía saber que semejante afirmación respondía

enteramente a la verdad. Gordon Mac Lean había sido entrenado para matar, y adiestrado hasta la saciedad y el agotamiento en la más dura escuela que existiera jamás.

Sólo que eso Morand todavía lo desconocía.

James Barrow refunfuñó entre dientes. Tomó la botella y llenó un vaso hasta la mitad. Fue a la cocina y añadió al vaso unos cubitos de hielo. Probó un sorbo, pero el alcohol no tranquilizó sus alterados nervios.

Había una alacena al fondo de la cocina. Dejó el vaso sobre una mesa y abrió el armario empotrado. Dentro, en lugar de los naturales utensilios de cocina, había un verdadero arsenal.

Barrow contempló, extasiado, las armas que colgaban de los garfios.

Había desde un pequeño revólver del «32» hasta una metralleta «Sten» de cañón recortado. Tres o cuatro pistolas automáticas de gran calibre, e incluso un rifle brillante y engrasado, tan potente que era capaz de tumbar un elefante.

Si alguna vez llegaba a utilizarlo, pensó, no sería precisamente contra ningún elegante. La imagen de Scarfino surgió en su mente, ocupando el lugar del paquidermo en su imaginaria cacería.

Instintivamente, Barrow acarició las armas. Para él, eran la más segura expresión del poder. Con cualquiera de ellas en la mano, era capaz de sentirse el amo del mundo. Sería una especie de dios, con poder de vida y muerte.

Volvió a cerrar las puertas y tomó otra vez el vaso, con el que se encaminó a la estancia donde consumía la mayoría de sus horas de encierro.

En aquel instante llamaron a la puerta. Se puso rígido, porque la tensión que experimentaba era superior a sus fuerzas.

—¿Quién? —Gruñó.

—Leo.

Abrió, y su compinche entró, cerrando rápidamente a sus espaldas.

—¿La encontraste? —indagó el pistolero.

—Seguro, muchacho.

Barrow no pudo contener un estremecimiento de excitación.

—Cuéntame.

—Se llama Eveline Rains. Te aseguro que es toda una belleza,

esa chica...

—Eso no me importa. ¿Sabe ella quién es su padre?

—Creo que no. Pero he hecho algunas averiguaciones, y las cosas son mucho más fáciles de lo que imaginamos en un principio.

—¿Por qué?

—La madre debió odiar cordialmente a Scarfino, por haberla arrojado de su lado, justo cuando iba a tener una hija. Durante su vida trabajó como una bestia para darle estudios y un ambiente confortable, y siempre la convenció de que su nombre era Rains. Pero al inscribirla lo hizo con los apellidos de Scarfino, de modo que ella, legalmente, se llama Eveline Scarfino Rains.

—Ya veo... ¿Está casada, o lo estuvo alguna vez?

—No. Es soltera. Trabaja en las oficinas de una empresa de exportaciones.

—¿Sabes si vive sola?

—Tiene un pequeño apartamento en el edificio Mercury. Es secretaria o algo así, de modo que tiene un buen sueldo y no necesita compartir su piso con nadie.

—Eres un buen sabueso, Leo. Esa chica nos facilitará el capital que necesitamos para reemprender los negocios.

Los dos soltaron una carcajada. Luego, Vaner añadió:

—Hay algo más, James... Scarfino está siendo acorralado por la policía.

—Otras veces intentaron cazarlo, y fracasaron. Tiene excelentes protectores... una red magnífica que, cuando él haya mordido el polvo, nos protegerá a nosotros.

—Sí, bueno, pero ahora ese polizonte, Morand creo que se llama, ha estado interrogándole durante más de cinco horas.

—¿Por qué?

—Mataron un testigo de cargo contra Scarfino. Alguien que le vio sacar a una muchacha de su casa. La chica apareció muerta poco después en un parque.

—No podrán probarle nada —aseguró Barrow—. De todos modos, eso no importa, porque ahora ya tenemos el camino expedito para despacharlo.

—Seguro.

—¿Lo has preparado ya?

—Esta noche he de cerrar el trato. Ya te dije que ella exigía la

mitad por adelantado. Los otros dos mil quinientos dólares deberán serle entregados antes del amanecer, después que haya hecho su trabajo.

—Las mujeres son peligrosas en estos negocios, Leo —refunfuñó Barrow.

—Bueno, hay que correr el riesgo. De esta forma nadie podrá relacionarte nunca con la muerte de ese bastardo, cuando aparezcas en público, dentro de un tiempo.

Barrow reflexionó un largo rato, tumbado sobre la cama, fumando y apurando su *whisky* a pequeños sorbos.

Leo Vaner buscó asiento en una butaca, y encendió también un cigarrillo. De pronto, Barrow gruñó:

—Le pagarás la mitad esta noche, Leo.

—Así se lo dije...

—Pero jamás cobrará la otra mitad.

Vaner se enderezó vivamente.

—¡Un momento, James! —exclamó—. No puedes hacer eso. Si se considera estafada, es muy capaz de pregonar a los cuatro vientos que detrás de la muerte de Scarfino estamos nosotros.

—No podrá hacerlo.

—¿Por qué, maldita sea?

—¿Has visto alguna vez que los muertos hablen?

Vaner dio un respingo. Sonrió torcidamente cuando dijo entre dientes:

—Comprendo...

—Lo harás tú —añadió el pistolero—. Ella no recelará nada, cuando crea que vas a llevarle el resto de los cinco mil. Sólo que en lugar de billetes le meterás un par de plomos, y asunto concluido. ¿Conforme?

—Lo haré. Aunque será una lástima. Es una mujer sensacional...

—Tendrás todas las que quieras, cuando volvamos a la cumbre, mejores que ésa.

—Lo dudo. Ésa es única, muchacho.

—¡Condenación! No me digas que te ha engatusado.

—Es demasiado esquivia. No conseguí nada en ese aspecto, a pesar de que lo intenté.

Barrow barbotó un juramento. Después, levantándose, dijo:

—Se me ocurre otra cosa, Leo.

—¿Qué?

—Esa chica... Rains. Creo que sería interesante que supiera quién es su padre, aunque sólo para que diera señales de vida antes de que Scarfino reventara.

—No veo de qué nos serviría eso.

—Escucha; si ella sabe que Scarfino es su padre, tratará de conocerlo por lo menos, o quizá se ponga al habla con él, de modo que habrá cierto vínculo entre los dos, un contacto que después serviría también para que todo sea más fácil, a la hora de reclamar la herencia.

—Si ese contacto sólo se establece entre Scarfino y la chica, no ganamos nada.

—Eso tiene fácil arreglo.

—Dime cómo.

—Scarfino no cabe duda que es famoso en el aspecto sensacionalista... Una discreta confidencia a esas chismosas de las revistas de escándalo, y lo publicarán en primera página. Ahí es nada, una hija del gran cacique del hampa. Ya veo los titulares.

Vaner se echó a reír.

—Ahora has dicho algo bueno, James... ¡Maldita sea mi estampa! Será sensacional... y Scarfino pegará un salto hasta el techo.

—Eso es justamente lo que quiero.

Vaner siguió riéndose un buen rato, imaginando la jugarreta que eso representaría para su aborrecido enemigo.

Cuando se marchó, habían sentado las bases para su vuelta al poder y al crimen, sin detenerse ante ninguna barrera. Realmente, eran maestros en salvar las barreras con ríos de sangre...

CAPÍTULO VI

Petrificado, Giorgio Scarfino leía una y otra vez los titulares de la revista. No lo creía, naturalmente, pero aquello no dejaba de ser una jugarreta inquietante, por la publicidad que significaba para su nombre, precisamente en unos instantes en que le convenía más que nunca ser ignorado por el gran público.

No había olvidado el duro interrogatorio del teniente Morand, y las infinitas dificultades que encontraron sus picapleitos para arrancarlo de sus garras.

Y justamente ahora, le endosaban una hija.

Se levantó, refunfuñando, maldiciendo a las sucias chismosas que se complacían en meter las narices donde no debían. Sintió tentaciones de hacer un escarmiento, pero, tal como estaban las cosas, después del asesinato de Mac Lean, no podía permitirse el lujo de más atentados.

Alguien llamó a la puerta. Gruñó su asentimiento, y uno de sus guardianes anunció:

—El abogado Humphries está aquí, patrón.

—¡Que entre!

El picapleitos era un hombre delgado, atildado como un figurín, de rostro afilado como el de un pájaro, en el que destacaban unos ojos astutos y diabólicos.

—Siéntese. ¿Qué ha sacado en limpio?

—Todo lo que puedo decirte es que esa chica existe.

—Bueno, pero no es hija mía. Jamás tuve hijos.

—Estás equivocado, Giorgio. Eveline Rains es tu hija, sin lugar a dudas. Nació cuatro meses después de tu separación. ¿Por qué infiernos no te divorciaste entonces?

—No volví a acordarme jamás de aquella estúpida... ¡Condenación! ¿Qué puedo hacer ahora?

—Nada, sólo esperar. Veremos qué piensa hacer ella, primero.

No cabe duda que ignoraba por completo que fuera tu hija hasta que esas cotorras, armadas de bolígrafo, han descubierto el pastel.

—Legalmente, ¿puede traerme complicaciones? Estamos en un mal momento, y tú lo sabes.

—Te repito que debemos esperar qué piensa hacer ella. Se me ocurre que no guardará mucha simpatía hacia su padre... a menos que la madre la mantuviera ignorante de los sucesos de su nacimiento.

—¡Maldito si me preocupa su simpatía!

—Veremos qué decide. De todos modos, la visitaré esta tarde para sondearla un poco.

—¿Con qué pretexto?

—Bueno, soy el abogado de su padre. Incluso puedo ofrecerle una especie de asignación monetaria, como compensación por esos años de olvido. Eso, si llega a oídos de esas cotorras, será un tanto a tu favor.

—¿Quieres decir que debo darle dinero?

—¿Por qué no? No te arruinará una cantidad mensual, y en cambio, puede proporcionarte una buena publicidad.

Scarfino maldijo en voz alta.

—Me gustaría saber quién la identificó... Después de tantos años, es un maldito contratiempo.

—Sí, claro, pero...

Se interrumpió al oír el timbre del teléfono. Mecánicamente, Scarfino lo descolgó, gruñendo:

—¡Hable!

—¿Scarfino?

Era una voz sonora, seca y vibrante.

—Sí.

—¿Qué se siente cuando se va a morir?

El pistolero se enderezó en su sillón, atónito.

—¿De qué infiernos está hablando?

—De tu muerte, hijo de perra. Porque vas a morir, tan cierto como que estás oyéndome.

—¿Quién... quién es usted?

El abogado se había enderezado, al ver la intensa palidez de su cliente. La voz del auricular anunció:

—Mi nombre es Mac Lean, bastardo. No tengo ningún

inconveniente en decírtelo.

—¡Miente! Mac Lean está muerto.

El abogado pegó un salto.

—¡Cuidado con lo que dices, Giorgio! —exclamó.

Éste no le hizo caso.

Estaba demasiado impresionado por la implacable voz que estaba diciéndole:

—Tú mataste a Marty Mac Lean, pero cometiste el error de ignorar mi existencia. Él era mi padre.

El *gángster* contuvo el aliento. Antes de que pudiera decir una sola palabra, la voz del teléfono añadió:

—Estás sentenciado a muerte, Scarfino... Tal vez te mate esta misma noche, o a la siguiente... Esperar la muerte te divertirá, imagino.

—¡Escuche!

—Esta vez, ningún corrompido abogado podrá salvarte, porque mi sentencia no tiene apelación. Hasta pronto.

—¡Maldito sea, escúcheme...!

Sonó un chasquido, y la comunicación se interrumpió. Dejó el auricular y volvió a sentarse como si las piernas no pudieran sostenerlo.

El abogado inquirió:

—Pero bueno, ¿qué es lo que pasa? Estás pálido como un sudario.

—El hijo...

—¿Qué hijo? Estábamos hablando de tu hija, no de ningún hijo.

—¡Condenación! El hijo de Mac Lean. Era el que hablaba.

Humphries respingó.

—¿Qué te dijo?

—Va a matarme. Ni siquiera ha ocultado su nombre. Quería que supiera que era él quién se disponía a liquidarme... Debe tratarse de un loco.

—O de alguien extraordinariamente seguro de sí mismo. Habrá que moverse, y rápido.

—¿Crees que podríamos acusarlo de amenazas, extorsión o algo así?

—¿Y desencadenar otra oleada de publicidad desfavorable? Ni lo sueñes.

—Entonces...

—Espera que averigüe quién es ese tipo.

—¡Maldito si me importa quién sea! Sólo localizarlo. Deja lo demás para los muchachos.

El abogado frunció el ceño.

—Otro atentado como el del padre será demasiado, Giorgio, tal como está la situación.

—¡Al infierno con eso! Una vez muerto, no podrá volver a amenazarme.

—Sólo te pido que esperes mis informes —rezongó el leguleyo, preocupado—. Tal vez sea posible solucionar eso de otro modo.

—No hay mejor modo que una andanada de plomo.

—¡Tú y tus malditos métodos!

Se encaminó a la puerta. Scarfino todavía gruñó:

—Esperaré tus noticias, pero no tardes en dárme las o no respondo de mí.

—Será tu cuello el que arriesgues, no el mío.

Cerró a sus espaldas de un portazo, dejando a Scarfino rabioso como un diablo.

Rememoró la voz helada y amenazadora que lo había sentenciado a muerte. Hubo de reconocer que nunca hasta entonces había sentido aquel extraño miedo... un miedo a algo impalpable, algo que vibraba precisamente en la voz inalterable de un hombre al que ni siquiera conocía.

Estaban acumulándose demasiados problemas a un tiempo. La súbita aparición de una hija, cuya existencia ignoraba, la muerte del viejo Mac Lean y la búsqueda incesante de James Barrow... Y la policía mostrándose mucho más agresiva que nunca, especialmente aquel maldito teniente Morand.

Realmente, Scarfino no era feliz, ni mucho menos, en esa tarde veraniega, encerrado en su lujoso despacho.

El despacho del teniente Morand no tenía nada de lujos. Para no tener, carecía incluso de comodidades.

Morand terminó la lectura de los informes que descansaban sobre su deslucida mesa.

Levantó la cabeza y miró al detective Stout como si no lo viera.

—Lo hará —masculló entre dientes.

—¿Quién hará qué, teniente?

Éste sacudió la cabeza, cual si despertara de una pesadilla.

—Despachar a Scarfino. Ese maldito tipo lo hará, Stout.

—¿Se refiere a Mac Lean?

—Seguro que me refiero a él. Dijo una verdad como un rascacielos, cuando afirmó que había sido adiestrado para matar...

Stout alargó la mano y tomó los informes que habían podido reunir sobre Gordon Mac Lean. Empezó a leerlos cuidadosamente.

Morand encendió un cigarrillo y masculló:

—Luchó casi todo el tiempo detrás de las líneas del enemigo, en esas unidades suicidas llamadas *Pathfinders*. Hombres sin nervios, duros como diablos, a los que morir no les importa nada. El solo hecho de que ese tipo haya sobrevivido es suficiente para comprender la clase de matarife que es.

Stout apartó los papeles y suspiró.

—Más complicaciones para nosotros. Aunque tal vez nos solucione la papeleta. Si ese fulano despacha a Scarfino, nos dará el trabajo hecho, ¿eh?

—Seguro. Y entonces tendremos que perseguirlo a él.

—Bueno, por mi parte, le confieso que no pondré mucho entusiasmo en la tarea, teniente.

Éste barbotó algo incomprensible.

—Trate de localizarlo. Quiero hablar con Mac Lean cuanto antes.

—Está bien.

—Y tráigame alguna de esas revistas de chismes para ver qué infiernos es eso de la hija de Scarfino. Hasta ahora, jamás supe que la tuviera.

—Ni yo...

Al quedar solo, Morand descolgó el teléfono y dictó algunas órdenes para sus hombres. Después, volvió a reflexionar profundamente sobre la identidad del traidor que había sido el causante indirecto de la muerte del viejo Mac Lean.

Esta especie de selección entre su personal lo llevó, una vez más, al mismo callejón sin salida. O quizá hubiera una salida.

Se echó atrás en el sillón. Pronto lo sabría, de todos modos.

Media hora más tarde, Gordon estaba ante él, alto, recio, tranquilo y con aquella mirada helada que le producía escalofríos al teniente.

—Siéntese —gruñó el policía—. Hay un par de puntos que deseo dejar muy claros con usted.

—Puedo imaginarlos.

—Tal vez. —Morand señaló la carpeta amarilla que había sobre su mesa—. ¿Sabe lo que es eso, Mac Lean?

—Ni idea.

—Su historial.

—Ya veo.

—No está completo, por supuesto. Hemos dispuesto de muy poco tiempo, pero hay el suficiente material para que nos preocupemos.

—Eso puedo comprenderlo.

—Ahora sé que usted es capaz de intentar acabar con Scarfino personalmente.

—Sin ninguna duda.

—Muy bien, hágalo —bufó. Gordon enarcó las cejas.

—Me sorprende usted, teniente.

—¿Por qué? Personalmente, no me importa que alguien despache a ese escorpión... Sólo que cuando eso suceda, yo habré de perseguir al matador hasta llevarlo ante los tribunales.

—Imagino que eso no le gustaría.

—En lo más mínimo, pero sería mi deber. No quisiera tener que perseguirlo a usted, Mac Lean. Sería un mal enemigo, y, aparte de eso, no vale la pena arriesgarse a una condena, por matar a un perro. Tarde o temprano, alguien hará el trabajo por usted.

—¿Usted cree?

Había una gran dosis de sarcasmo en la voz del muchacho: Morand sacudió la cabeza, impaciente.

—Me gustaría poder contarle tal como están las cosas respecto a ese hijo de perra, pero no me lo permiten los reglamentos. Sólo puedo decirle que hay muchas probabilidades de que otro pistolero le ajuste las cuentas en cualquier momento.

—Eso no es ningún consuelo para mí. Le dije que Scarfino pagaría la muerte de mi padre con su propia vida... y la pagará. ¿Eso es todo lo que tenía que decirme?

—Eso era todo. Aunque quizá quiera responder una pregunta...

—Pruebe a ver.

—¿Tiene usted armas?

Gordon Mac Lean sonrió fríamente.

—Sólo recuerdos de Vietnam, teniente. Simples recuerdos, ni más ni menos.

—Bueno, ¿qué clase de recuerdos? Imagino que no se traería usted una ametralladora del «40».

—Demasiado llamativa. No, Morand... Sólo un cuchillo y una «Luger». Por si tiene usted ideas al respecto, le diré que poseo licencia para esa arma. Para el cuchillo no la necesito.

—Comprendo...

—Volveremos a vernos, teniente.

—Sí, eso temo.

Gordon se detuvo junto a la puerta, y desde allí dijo con voz peligrosamente suave:

—¿Identificó al soplón que tienen ustedes incrustado en sus filas?

—Creo que sí. Trataré de desenmascararlo en los próximos días.

—Sospecho que saldrá bien librado, después de todo. A menos que tropiece con algo más duro de lo que pueda digerir.

—¡Escuche, Mac Lean!

Pero la puerta se había cerrado ya, y Morand sintió tentaciones de darse a todos los diablos.

En su fuero interno, estaba seguro de que Scarfino podía empezar a encargarse la mortaja.

CAPÍTULO VII

Encaramado en la copa del árbol, una sombra tan oscura como un retazo de noche, Gordon permanecía perfectamente inmóvil. Como en infinidad de ocasiones anteriores en la verde espesura del infierno vietnamita, observaba al enemigo, tratando de hallar su punto vulnerable.

El enemigo, en esta ocasión, era Giorgio Scarfino.

A unos seiscientos metros de distancia se elevaba la lujosa residencia del cacique del crimen. Había luz en las ventanas y en el jardín, permitiéndole ver todos los detalles que le interesaban.

Era una distancia endiablada para lo que se proponía. Arrugó el ceño, y siguió observando pacientemente.

Vio a los dos hombres que patrullaban el jardín de forma irregular. Trató de calcular el tiempo de cada ronda que efectuaban, pero le resultó imposible porque no respetaban un horario fijo. Deambulaban de un lado a otro a capricho, tan pronto en una dirección como en otra.

La propiedad de Scarfino estaba rodeada de una alta cerca. Si pudiera encaramarse a ella, todo sería mucho más fácil, porque entonces sólo le separarían unos trescientos metros de su objetivo.

Estaba calculando los riesgos y las ventajas que se le ofrecían para esa posibilidad cuando descubrió la furtiva sombra que se deslizaba junto a la cerca, próxima a la gran entrada del jardín.

Aguzó la mirada, tratando de captar algún detalle del inoportuno intruso. No lo consiguió. Sólo su forma imprecisa, moviéndose cautelosamente.

Suspiró. Si en el instante crucial aparecían intrusos, todo podría complicarse de mala manera.

La furtiva sombra desapareció más allá de la esquina. Poco después, unos pasos pesados resonaron en la acera. Un hombre avanzaba por ella, sin prisa. Un paseante nocturno, tal vez.

Lo vio cuando casi estaba bajo el árbol, a considerable distancia de la alta valla. Era un hombre macizo y vestido de oscuro, que se detuvo el tiempo suficiente de encender un cigarrillo.

Le vio acercarse después a la verja, y comprobar que la gran reja de entrada estaba cerrada.

Gordon suspiró. Un centinela por la parte exterior, en la calle. Con eso no había contado. Sería un impedimento de importancia para llegar a la verja.

El hombre volvió sobre sus pasos y desapareció en la esquina que daba a la fachada posterior del edificio.

Unos minutos después, un gran coche maniobró en el jardín, estacionándose ante los escalones de la entrada.

Dos individuos descendieron. Uno abrió la portezuela posterior.

Scarfino apareció finalmente. Entró en el coche. Los dos guardaespaldas lo hicieron a su vez, y el auto se dirigió a la salida.

Minutos más tarde, las luces fueron apagándose una a una, y todo fue oscuridad.

Con la agilidad de un puma, Gordon descendió de su observatorio, y se alejó andando sin prisas. Pasó frente a la reja de entrada. Era sólida como el portón de una cárcel.

Siguió adelante, trazando planes a ritmo acelerado.

«Mañana noche», pensó.

Sintió un escalofrío de excitación. También pensó en su padre y lo que había sucedido con él, desde la voladura de su establecimiento hasta su muerte. Rechinó los dientes. Ahora agradecía que le hubieran entrenado tan eficazmente para luchar en la sombra, silencioso y mortal como el filo de una navaja. Ese entrenamiento iba a servirle, al fin, para una lucha personal en la que, por primera vez en su vida, intervendrían sus sentimientos, en lugar de pelear y matar por orden de unos hombres a los que ni siquiera conocía.

Pero necesitaba un arma, de la que carecía. Ése era un golpe que debía ser descargado a distancia. Un zarpazo mortal, silencioso y rápido, tras el que no debía quedar el menor rastro.

Entonces volvió a distinguir la imprecisa sombra de alguien que se movía, pegado a las paredes. Apresuró el paso, intrigado.

Cuando llegó a la esquina, la misteriosa sombra había desaparecido, pero escuchó el suave runruneo de un motor, y llegó

a tiempo de ver alejarse un coche del que sólo pudo distinguir las rojas luces de cola.

Preocupado, siguió calle abajo hasta donde dejara el auto que había pertenecido a su padre. Poco después, él también se perdía en la noche, cuál la sombra de la muerte, de una muerte brutal e implacable, que nada ni nadie sería capaz de detener.

Era una mujer soberbia, como Scarfino no recordaba haber visto otra en su vida. Tan alta como él, de agresivo busto, que torturaba el corpiño del apretado vestido de noche. Ampulosas caderas y cintura de bailarina, poseía ese aplomo de la mujer que se sabe deseada hasta la locura. Su rostro era tan hermoso como una quimera, de ojos descarados, profundos y ardientes como una llama. Sus labios rojos eran turgentes, prometedores de mil besos o de mil risas. Scarfino ansiaba hacerlos suyos como jamás había deseado cosa alguna.

Vació su vaso para ahogar las ansias que amenazaban desbordarse. Ella musitó:

—Mañana noche, Giorgio...

—¿Por qué esperar a mañana? Lo he dispuesto todo para que dispongas de toda un ala de mi residencia.

—Dame un poco de tiempo, querido. Una mujer necesita adaptarse a la idea de perder su libertad tan bruscamente.

—No perderás tu libertad, primor. No soy ningún sultán, en ese aspecto.

—De cualquier modo, he de preparar algunas cosas. Cerrar mi apartamento y disponer la venta de mis muebles... Mañana, querido. ¿Sí?

Scarfino contuvo a duras penas su impaciencia.

—Será como tú desees.

Hizo una seña al mozo, y pidió otras dos bebidas. Por el rabillo del ojo vio a sus dos guardaespaldas sentados ante una mesa cercana, y esa presencia de sus hombres le tranquilizó. No había podido olvidar la voz amenazadora que, por teléfono, le anunció su muerte inminente.

La muchacha dejó que sus manos fueran apresadas por las de su apasionado admirador. Sonrió y sus labios hicieron diabluras en el alterado estado de ánimo de Scarfino.

—Annie... —susurró.

—Querido.

—Contaré los minutos hasta mañana noche.

—Me gusta oírte decir eso.

Él se disponía a replicar cuando un camarero se materializó junto a la mesa.

—Le llaman por teléfono, míster Scarfino...

Se enderezó, contrariado por aquella interrupción. Levantándose, pidió disculpas a la mujer y siguió al mozo hasta uña puertecita del fondo del local.

—Cabina número dos, señor.

Entró. Los dos guardaespaldas lo habían seguido, y penetraron tras él. Luego, tras comprobar que la salita donde estaban las cabinas telefónicas estaba desierta, volvieron atrás, dejándolo solo para apostarse fuera, junto a la puerta.

Scarfino tomó el auricular y gruñó:

—Scarfino al habla.

La voz que oyó le hizo dar un salto, porque no había podido olvidarla:

—Ya te falta poco, hijo de perra. ¿Qué sientes al saber que vas a morir dentro de unas horas?

—¿Mac Lean?

—Sí.

—Escuche, está en un error. Yo no tuve nada que ver con lo sucedido a su padre.

—No te canses. Te he sentenciado, y nada ni nadie te librará de morir a mis manos. Me pregunto cómo te gustaría morir... ¿Con unas balas en la barriga o un cuchillo?

—¡Maldito bastardo! ¿Cuánto quiere por dejarme en paz? Le pagaré lo que me pida, pero ese juego ha durado demasiado.

—No tienes suficiente dinero con que comprar tu propia vida, miserable. ¿Sabes una cosa? Creo que lo haré con el cuchillo... En Vietnam aprendí algunos trucos, capaces de asustar a un carnicero.

Scarfino se tambaleó, lleno de terror.

—¡Está llegando demasiado lejos, Mac Lean! —gritó—. Tengo hombres capaces de hacerle pedazos, si me obliga.

—¿Por qué no lo intentas? Vivo en la casa que fue de mi padre. Solo, Scarfino. Completamente solo... Manda a tu ejército, si te atreves.

—¡Está loco!

—Seguro. Hasta pronto, Scarfino. Ya no volverás a oír mi voz hasta que te mate.

—¡Espere!

La comunicación se cortó. Las manos de Scarfino temblaban violentamente cuando depositó el auricular en el soporte. Permaneció dentro de la cabina casi dos minutos, temblando, recostado contra el mamparo de madera, tratando de serenarse.

Comenzaba a experimentar un terror cervical hacia aquel hombre, al que ni siquiera conocía. Sintió la tentación de atacarle, de una vez. Tenía hombres suficientes para cercar la casa de Mac Lean y pegarle fuego con él dentro...

Salió. Se estremeció, al darse cuenta que sus piernas apenas podían sostenerlo.

Sus dos guardaespaldas cambiaron una mirada de asombro al ver su aspecto, pero le escoltaron de nuevo hasta la mesa, y ellos buscaron asiento en la suya, sin una palabra.

La muchacha le miró con el ceño deliciosamente fruncido.

—¿Qué te ocurre, querido? —musitó—. Estás pálido... ¿Malas noticias quizá?

—¿Qué? No... No, nada de eso. Sólo que no me siento muy bien esta noche.

—Y querías complicártela más todavía... Pobrecito mío. Cuídate para mí, ¿sí? Para que mañana puedas ser feliz y hacerme feliz a mí...

Él sonrió forzosamente. Por primera vez, pensó que quizá no habría mañana para él, si aquel loco cumplía su amenaza.

—Vendré a buscarte, Annie —murmuró con voz poco segura—. Nos encontraremos aquí a la misma hora de hoy. ¿Conforme?

—Estaré esperándote.

Inclinándose, ella le besó largamente en los labios. Scarfino asintió como si una descarga eléctrica le sacudiera de arriba abajo.

Levantándose, se dirigió a la salida, escoltado como de costumbre. Una vez en el coche, rezongó:

—¿Dónde están Hans y Callender esta noche?

—Tenían libre, patrón. Usted mismo les autorizó.

—Es cierto. Buscadlos. Quiero que estén todos en la casa, a partir de esta noche.

—Muy bien.

—Y quiero que se redoble la vigilancia. El que cometa el menor descuido, se las entenderá conmigo.

Subieron al coche, y éste salió zumbando, rumbo a su residencia.

A pesar de todo su poder, si Scarfino hubiera podido saber que en realidad podía considerarse muerto, sus disposiciones hubieran sido muy distintas...

Pero eso no lo sabría hasta la noche siguiente.

CAPÍTULO VIII

Gordon estacionó el coche en el mismo lugar en que lo dejara la noche anterior, y apagó las luces. A oscuras, tomó el maletín que descansaba sobre el asiento, y lo abrió. A tientas, guiándose por su experiencia, procedió a montar las distintas partes del potente rifle.

El arma era un «Marlin 30 – 30». Para haberlo conseguido con las prisas y dificultades con que había tropezado, podía considerar que era el arma ideal para lo que se proponía.

Sólo lamentaba no disponer de una lente de infrarrojos como las que utilizaban en sus misiones suicidas en Vietnam, pero eso no le preocupaba mayormente. En compensación, había adaptado un gran silenciador «S.S.», a costa de horas de trabajo, en el pequeño taller instalado en el garaje de su casa.

Corrió el cerrojo un par de veces solo para asegurarse de que se deslizaba con suavidad. Tras esto, introdujo los cartuchos en la recámara.

Dejó el rifle en el suelo del coche, y consultó el reloj. Se apeó, silencioso como un gato.

La fincha calle estaba desierta. Anduvo pegado a las paredes hasta alcanzar la calle que rodeaba la extensa propiedad del hombre que debía morir.

Atisbó por la reja de entrada. Vio encendida la luz que colgaba sobre los escalones del porche, pero el resto del edificio estaba a oscuras.

Se apartó y fue a agazaparse junto al árbol que le sirviera de observatorio la noche anterior. Allí esperó hasta ver aparecer al guardián que patrullaba en el exterior. Sonrió entre dientes, al verlo efectuar su ronda con normalidad.

Sabía que Scarfino no estaba en la casa, así que empleó el tiempo en vigilar a los guardianes y comprobar que ninguno de los coches aparcados, muy espaciados en la calle, estaba ocupado.

De vuelta junto al suyo, sacó el rifle y fijó el silenciador. Aquel artefacto era un impedimento para una completa seguridad en el tiro, pero no había otra solución, si quería tener la oportunidad de escapar sin tropiezos, después del disparo.

Estaba tranquilo, mucho más que cuando emprendían una de las suicidas misiones para las que fue adiestrado.

Sentado en el coche, esperó con los nervios en calma, con una paciencia infinita, recordando quizá otras noches lejanas en las que también permaneciera agazapado en la oscuridad horas y horas, aguardando el instante crucial de matar o morir.

Un coche pasó despacio calle arriba. Lo siguió con la mirada. Era un descapotable europeo, pequeño, bajo y estilizado, no demasiado nuevo. Pudo ver fugazmente que lo conducía una mujer. Luego, lo perdió de vista cuando dobló por una calle lateral.

Sólo cuando hubo desaparecido, cayó en la cuenta de que aquellas luces rojas de cola, alargadas, formando parte de la carrocería, eran muy semejantes a las que viera desaparecer la noche anterior, cuando perdió el rastro del cauteloso noctámbulo.

Se enderezó, súbitamente alerta. ¿Sería posible...?

No tuvo tiempo de pensar mucho en esa extraña coincidencia, porque, silencioso como un fantasma, el rutilante «Cadillac» negro de Scarfino apareció, deteniéndose ante la sólida verja. El conductor hizo relampaguear las luces hasta que alguien acudió a franquearle el paso. Tras esto, el auto se internó en el jardín y la verja fue cerrada una vez más.

Gordon continuó quieto, esperando. El calor de la noche bochornosa y húmeda pegaba la camisa a su cuerpo. Incluso la temperatura se complacía en recordarle las noches del infierno verde que creía haber olvidado para siempre.

Cuando se apeó, lo hizo llevando el rifle con él. Ahora se movió despacio, con extremada cautela, hasta llegar al pie del árbol donde apoyó su arma y escrutó la acera.

No tuvo que aguardar mucho. Vio aparecer al guardián en su acostumbrada ronda, y le dejó pasar. Luego, con sorprendente agilidad, se encaramó tronco arriba. Se instaló en la gruesa cruz de las ramas, acunando el rifle en sus brazos.

Las luces de la residencia se habían encendido, pero el jardín permanecía a oscuras. Alguien había puesto en marcha un

tocadiscos, y una música suave brotaba del ventanal del primer piso.

«Tu marcha fúnebre, bastardo», rezongó para sí.

Había una pequeña terraza sobre el porche, iluminada por una caprichosa lámpara de pie. Dentro de la habitación vio las sombras de un hombre y una mujer. Las sombras se fundieron en una sola. Gordon esbozó una mueca.

Estaban besándose, sin duda. Se llevó la culata al hombro, y apuntó cuidadosamente hacia el ventanal francés que comunicaba con la terraza. En su línea de tiro surgieron las dos sombras unidas. Era un tiro endiabladamente difícil, pensó.

Las sombras se separaron. La de la mujer retrocedió. Poco después, la vio aparecer en la terraza, una forma oscura recortada contra la luz.

Esperó. Scarfino apareció tras ella. Le buscó con la mira del rifle, pero cuando lo tuvo enfilado, el pistolero había abrazado a la muchacha por la cintura, y estaba prácticamente fundido con ella.

Gordon suspiró y bajó su arma. Esperaría.

La pareja se movió, sentándose en la terraza. La balaustrada les ocultaba casi por completo. Sólo sus cabezas se recortaban contra la luz.

Bajo él, el guardián volvió a pasar, dirigiéndose hacia la parte posterior del jardín. Gordon imaginó el brinco que daría aquel individuo si pudiera saber que él estaba apostado allá arriba, con un rifle en las manos, esperando la ocasión de disparar contra su jefe. Estaban bebiendo. La música cesó unos instantes, seguramente cuando el disco saltó para ser sustituido por otro, mediante el mecanismo automático. Durante el fugaz silencio, oyó la risa de la mujer y la voz ronca del *gángster*, y el sonido de los vasos al golpear suavemente la mesa.

Inesperadamente, alguien apareció en la esquina, corriendo desesperadamente.

Gordon se puso rígido. Oyó una especie de gemido entrecortado. Y la voz era de una mujer.

Tras ellas sonaron los pasos de un hombre. Una voz contenida gritó algo que no entendió, y la mujer que huía dejó escapar un sollozo.

Gordon dejó el rifle entre dos ramas, y se descolgó

silenciosamente a lo largo del tronco hasta que sus pies rozaron el suelo.

La mujer pasó como una centella, corriendo a tropicones, presa del pánico. Tras ella reconoció al pistolero de Scarfino.

Pero vio algo más. Vio el cuchillo que relampagueaba en la mano del criminal, y sintió un salvaje tirón en todos sus nervios.

El hombre barbotó un juramento cuando pasó junto al árbol. Era evidente que no deseaba armar escándalo, porque su voz era violentamente contenida cuando gruñó:

—¡Deténgase, no podrá escapar!

Justo en aquel instante, Gordon saltó.

Aunque en realidad pareció volar al encuentro del pistolero. Fue un brinco inverosímil, que le proyectó contra las anchas espaldas de aquel tipo, y ambos rodaron por la acera, en confuso montón.

Aturdido, pillado de sorpresa, el hombre rugió, tratando de hundir el cuchillo en aquel inesperado corpachón que le aplastaba contra la acera.

Ante ellos, los pasos de la mujer que huía se detuvieron de golpe.

—¡Quieto, estúpido! —dijo Mac Lean.

El cuchillo se elevó de nuevo. Una garra de acero sujetó la muñeca, y la mortífera arma quedó suspendida en el aire unos instantes.

El hombre jadeaba como un fuelle, debatiéndose desesperadamente, luchando por hundir la hoja de acero en el cuerpo de su inesperado enemigo.

Gordon aumentó la presión de su cepo, y el tipo gimió. Poco a poco, con todos sus músculos tensos como cables de acero, obligó a su enemigo a dar una vuelta completa, y entonces le propinó un salvaje empujón que le arrojó de bruces contra el muro.

Él se levantó de un brinco. Cuando el pistolero se revolvió, ciega de ira, en la mano de Gordon relucía una larga, ancha y afilada hoja de acero como el tipo no había visto otra en su vida.

Se detuvo en seco cuando se disponía a atacar de nuevo. En el silencio oyó una voz baja y tranquila, que dijo:

—Ahora estamos mano a mano, bastardo. Eso no te resulta tan fácil como perseguir a una mujer, ¿eh?

—¡Maldito entrometido!

Gordon adelantó unos pasos. La mano que sostenía la espeluznante hoja de brillante acero se movía lentamente de un lado a otro, con un movimiento casi suave, semejante a la cabeza de una serpiente.

El pistolero lanzó un tajo de abajo arriba para detener el avance de su enemigo. Sólo que éste no se detuvo. Era como si ni siquiera prestara atención al largo estilete.

Atónito, el rufián pegó un salto y buscó dónde asestar la cuchillada.

No encontró su objetivo porque Gordon se movió con la velocidad del rayo. El hombre trastabilló, intentando corregir la trayectoria de su arma.

Nunca lo consiguió.

Notó una garra sujetarle la cabeza, tapándole la boca al mismo tiempo. No pudo comprender cómo aquel diablo había podido colocarse a su espalda, en menos de un segundo. Después, vio, con ojos desorbitados, el relámpago plateado que apareció de repente ante su cuello. Tras esto, todo el fuego del infierno pareció arder dentro de él, y ya no vio nada más, porque murió de modo fulminante y silencioso, tan rápidamente que ni siquiera tuvo tiempo de advertirlo, tras la súbita y centelleante llamarada de dolor que le invadió.

Gordon le sostuvo unos instantes para evitar que rebotara contra el suelo. Luego, le arrastró hasta dejarlo suavemente detrás del tronco del árbol. Limpió su cuchillo en las propias ropas del muerto y se enderezó. Trató de ver si la mujer todavía seguía por los alrededores, pero no pudo localizarla.

Intrigado, volvió a encaramarse al árbol. Sólo entonces advirtió que la música había cesado, y que la voz de la mujer, en la terraza, sonaba iracunda y aguda.

Cuando pudo atisbar, ella había desaparecido, y Scarfino estaba allí solo, sentado en su sillón, seguramente meditando sobre la ingratitud de ciertas damas.

Gordon tomó el rifle. Estaba ajustando el alza cuando de nuevo oyó la voz de la mujer en la planta baja, en el porche. En esta ocasión pudo entender lo que dijo, porque gritó:

—¡Sáquenme de aquí! Jamás me había sucedido nada igual... ¡Ese sucio granuja, arrojarme a puntapiés...!

Alguien rió, burlón. Dos hombres y la muchacha echaron a andar hacia la salida. Un hombre comentó:

—Tendrás que largarte a pie, nena...

—Aunque fuera a rastras me iría de aquí, sólo para alejarme de ese puerco.

Otra vez se rieron de ella. La verja chirrió.

Gordon apuntó con infinito cuidado. Veía la cabeza inclinada de Scarfino, muy quieto, pensando sin duda que aquélla resultaba una noche frustrada.

«No sabes hasta qué punto, bastardo», monologó para sus adentros.

Apuntó por encima de la cabeza. A semejante distancia, y sin una mira telescópica graduada, debía valerse de su experiencia solamente.

De la experiencia y habilidad.

Su dedo presionó el gatillo con infinitesimal lentitud. Contuvo el aliento para conseguir una inmovilidad absoluta.

De pronto, la culata pegó una dura coz contra su hombro. El silenciador ahogó en parte el disparo, pero así y todo sonó demasiado en el silencio de la noche.

Vio a Scarfino voltear hacia atrás, empujado por el terrorífico impacto del enorme proyectil. Luego cayó, arrastrando el sillón metálico, con lo cual produjo un estrépito endiablado allá arriba.

Gordon no esperó a ver en qué paraba aquello. Mientras descendía del árbol, oyó las exclamaciones en el jardín, y las carreras de los guardianes.

Llegó al suelo y corrió en silencio hacia su coche. Cuando llegó a él, había desmontado el rifle, que guardó en la maleta, antes de poner el vehículo en marcha.

Al alejarse, pensó que Scarfino ya no volvería a sembrar el terror en la ciudad. No más mujeres asesinadas, no más sangre.

La venganza se había consumado.

Sólo cuando llevaba más de cinco minutos de marcha, advirtió que le seguían. No apretó el acelerador ni hizo nada que delatara ese conocimiento.

Manejó directamente hacia su propia casa, estacionó el coche en la calle y atravesó el pequeño jardín.

En la esquina, un coche pequeño, bajo y estilizado, se detuvo y

apagó las luces. Gordon abrió la puerta y entró. La única precaución que adoptó fue no encender ninguna luz, esperando los acontecimientos.

Sólo que éstos no se produjeron. No sucedió nada en toda la noche.

CAPÍTULO IX

El teniente Morand salió a la terraza sólo para comprobar, el trabajo de sus hombres.

Dio otro furibundo vistazo al cadáver de Scarfino, y refunfuñó entre dientes.

Cuando volvió a entrar en el salón, el detective de primera, Stout, comentó:

—Acaba de llegar el forense, teniente.

—Esta vez no va a cansarse, que digamos. Dígale que suba.

—Está examinando el otro cadáver.

Morand se estremeció.

—¿Para qué? Ya sabemos la causa de su muerte. Le cortaron el cuello limpiamente.

Dio un vistazo a los silenciosos pistoleros que permanecían a un lado del gran salón, sentados en sendas sillas, muy quietos. El teniente bufó, gruñó un par de insultos y acabó acercándose a ellos.

—Volvamos a empezar —dijo da un humor pésimo—. Todos ustedes estaban en la casa cuando se han cargado a su amado patrón. Empiece usted Callender.

El elegido carraspeó.

—Ya hemos declarado lo que sucedió, teniente.

—¡Repítalo, maldita sea! Callender dio un respingo.

—Está bien, si quiere perder el tiempo...

Stout terció:

—Tal vez si deja que le ablande un poco, teniente, se muestre más dispuesto a colaborar. Ahora, nadie nos pedirá cuentas si les causamos algunos desperfectos...

Morand pareció titubear. Callender perdió el poco color que le quedaba, y empezó a hablar rápidamente:

—Oímos un ruido raro, y después, el golpe del cuerpo al caer, arrastrando el sillón de hierro. Corrimos hacia las escaleras. Giorgio

estaba muerto, con la cabeza hecha pedazos. No vimos nada.

—¿Desde dónde dispararon?

—No lo sé.

—¿Cómo estaba sentado Scarfino? Si lo supiéramos, podríamos establecer la trayectoria de la bala...

—Eso, pregúnteselo a la pájara que se largó poco antes de que le mataran. Ya le hemos contado lo que pasó con ella.

—Seguro, seguro; Scarfino la despachó. Muy bien, ¿quién era esa dama?

—Todo lo que sé es que se llamaba Annie.

—Eso no nos ayuda mucho.

—La conoció en el Tropicana.

—¿Por qué la echó de aquí, si, según parece, estaba tan entusiasmado por ella?

No obtuvo respuesta, sólo leves encogimientos de hombros. Después, otro de los esbirros de Scarfino gruñó:

—Todo lo que puedo decirle es que la muchacha bajó, enfurecida. Le abrimos la verja, y se largó a pie, vomitando pestes contra Giorgio.

—Ya veo. Y él se quedó en la terraza, y alguien le tumbó... ¿Desde dónde? Eso es lo que quisiera saber.

Stout gruñó:

—Tal vez desde la cerca...

—¿Un tiro de trescientos metros, y haciendo blanco en la cabeza? Aunque, si bien se piensa, quizá fue así... El tipo con la garganta cercenada estaba en la acera, junto a un árbol... Debieron disparar desde la calle, a menos que uno de esos haya cobrado por ese trabajito.

Los pistoleros se agitaron, furiosos. Callender gruñó:

—Está usted loco.

—Repítelo, y haré que te tragues los dientes.

El médico, con su entrada, interrumpió el tenso diálogo.

—¿Dónde está el otro? —indagó.

—Ahí, en la terraza. ¿Qué me dice del que ha examinado abajo?

—Todo lo que yo pueda decirle lo sabe ya. Lo que me —gustaría saber es con qué clase de cuchillo le rebanaron el pescuezo... Lo hicieron con un solo golpe, y en medio de una lucha.

—¿Lucha? —refunfuñó Morand—. ¿Quiere decir que le mataron

peleando?

—Seguro. Tiene arañazos en la muñeca derecha, y un hematoma en la cara, como si una mano muy dura le hubiera presionado el rostro con tremenda fuerza.

—Eso explica el estilete que encontramos en la acera, teniente, ¿recuerda?

—Por supuesto que lo recuerdo —bufó—. Una pelea a cuchillo. Ese tipo tropezó con la horma de su zapato.

Sin inmutarse, Stout añadió:

—Yo diría que usted y yo conocemos esa horma, teniente.

—Cierre el pico, ¿quiere?

Stout asintió.

El médico había desaparecido. Los pistoleros callaban. Y Morand estaba furioso.

Aunque eso no le llevaba a ninguna parte.

Quizá por eso hizo un esfuerzo para calmarse y masculló:

—Vaya abajo y registre el despacho de Scarfino, pulgada a pulgada, Stout. Y mande a alguien al Tropicana. Que averigüe quién puede conocer a esa dama llamada Annie, y que la busquen de inmediato.

—¿Cree que habrá alguien, a estas horas, en un local como ése?

—Por lo menos, encontrarán al vigilante nocturno. Que le interroguen. Con que consigan la dirección del encargado, será suficiente para empezar.

—Está bien.

Stout salió. Morand encendió un cigarrillo. Sentía la urgente tentación de mandar a un par de sus hombres en busca de Mac Lean, pero no se decidía aún, indeciso ante el temor de que el excombatiente reconociera sin ambages haber matado a Scarfino.

Se confesó que no le gustaría tener que detenerle.

Cuando el médico se reunió nuevamente con él, parecía tener mucha prisa.

—No hay mucho que pueda decirle, con un examen superficial. Pero hay algo raro en ese cadáver, teniente.

—¿Raro? Lo más raro que yo veo es la manera cómo le tumbaron.

—Le digo que no me gusta. Después de la autopsia, quizá tenga una sorpresa.

—Tampoco me gustan a mí los «tiesos», doctor. ¿Cuándo lo destripará?

—Tal vez a la tarde... Ya le mandaré el informe.

Salió disparado, dejando a Morand más disgustado, si cabe. De nuevo, se enfrentó con los silenciosos rufianes.

—Largo de aquí —gruñó—. Vayan abajo. Hay un estenógrafo esperando para tomarles declaración. Quiero que la firmen cada uno por turno. Y les advierto que no he terminado con ustedes.

Callender señaló las pistolas y revólveres que había sobre una mesa.

—Queremos que nos devuelva las armas, teniente. Todos nosotros tenemos licencia legal para llevarlas.

—¡Largo!

Salieron atropelladamente. Morand asomó la cabeza a la terraza, y llamó a uno de los agentes de paisano que ayudaba a los fotógrafos.

—Coja esas pistolas, sin tocarlas con los dedos. Llévelas al laboratorio inmediatamente. Quiero las huellas de cada una. Luego, las entregará a Balística para que hagan unos disparos de prueba. Dígales que revisen los archivos, por si tenemos la suerte de que alguna haya servicio para cometer cualquiera de los crímenes que tenemos sin resolver, y cuyas balas están archivadas. ¿Entendido?

El hombre asintió. Poco después, Morand quedó solo. Estuvo reflexionando profundamente.

Los peritos terminaron su cometido, y se despidieron. Fueron sustituidos por los enfermeros. El teniente contempló cómo se llevaban el cadáver del que fuera temido zar del crimen, y suspiró.

—Te la ganaste, compañero —murmuró entre dientes.

Apenas había vuelto a quedar solo, cuando un policía de uniforme llegó apresuradamente.

—¡Lo encontramos, señor!

—¿Qué encontraron?

—El casquillo, por supuesto.

—¡Infiernos!

El guardia le tendió la brillante cápsula de un enorme proyectil. Morand silbó por lo bajo.

—¡Vaya un obús! —comentó—. ¿Dónde estaba?

El guardia se acercó al ventanal, y señaló hacia fuera.

—Al pie de aquel árbol, señor —dijo.

El teniente arrugó el ceño.

—Alguien debió colocarlo allí para confundirnos. Hay una distancia de más de quinientos metros hasta el árbol... Aunque tal vez no sea tan descabellado, si uno se detiene a pensarlo. Escuche, quítese la gorra y siéntese en ese sillón de hierro.

—¿Ése, señor? —se lamentó el policía.

—No sea usted pusilánime. Siéntese en él, y permanezca quieto hasta que le avise.

Salió disparado escaleras abajo, atravesó el jardín y salió a la calle. La cruzó. Al otro lado se elevaba una suave loma, al pie de la cual estaba el árbol en cuestión.

Morand luchó por encaramarse a él. Hubo de reconocer que ya no tenía la agilidad de sus buenos años, pero, tras no pocos esfuerzos, consiguió llegar a la sólida cruz formada por las ramas principales.

Buscó una postura segura, y miró hacia la terraza. La cabeza del guardia asomaba por encima de la balaustrada.

—Si ese condenado tipo disparó desde aquí, no cabe duda de que es un fenómeno —rezongó en voz alta.

Alguien exclamó:

—¡Eh! ¿Qué demonios hace usted ahí arriba, hombre?

Miró al suelo. El policía uniformado que le había interpelado le reconoció, y dio un respingo.

—Caray, teniente, no le había reconocido, lo siento.

—Olvídelo. Lo que me pregunto es el modo de bajar de aquí, sin romperme la crisma...

Hubo sus dificultades para conseguirlo. Una vez abajo, anduvo de nuevo hacia la residencia, haciendo saltar en su mano el casquillo vacío que tanto le intrigaba.

Stout salía del despacho, en aquel momento.

—Encontré esa libreta de direcciones y números de teléfono, pero nada más. Quizá en la caja fuerte tengamos más suerte, aunque se necesitará un experto para abrirla. Es una lata de sardinas del último modelo.

—Revisaremos esa libretita con todo detalle... ¿Qué le parece eso?

Mostró el casquillo. Stout no pudo contener un silbido.

—Yo diría que fue disparado con un «Remigton» especial de caza mayor... o quizá una «30 — 30». Los dos utilizan los mismos proyectiles.

—Eso mismo pienso yo. Vamos a tener un día de infierno... Ya es hora de que vaya por Mac Lean. Tráigalo aquí, si lo encuentra. Y cuando lo haya traído, vuélvase y registre su casa, a ver si, por casualidad, encuentra un «30 — 30» allí. ¿Entendido?

—Bueno, ¿he de proveerme de un mandamiento judicial primero?

—No vale la pena. Ya sabe cómo tiene que hacerlo.

—Allanamiento de morada —rezongó Stout—. Eso está penado por la ley, teniente.

—No me diga... Qué cosas. ¡Largo, Stout, ya debería estar de vuelta!

—Si me detienen, llame a un abogado, ¿eh? —rió el detective, saliendo apresuradamente.

—Eso no tiene maldita la gracia —bufó. Pero Stout había desaparecido.

Buscó una butaca y se dejó caer en ella. Sus pensamientos no tenían nada de agradables mientras esperaba, a pesar de saber que la ciudad había quedado libre de su más peligrosa alimaña.

De pronto, se acordó de James Barrow, y se dijo que sería una gran cosa poder endosarle la faenita.

—Ya lo creo que me gustaría.

Se dio cuenta de que había hablado en voz alta, y casi se levantó de un salto.

—Estoy perdiendo el control —refunfuñó.

Se acercó a la terraza. El guardia dormitaba en el sillón de hierro. Morand soltó un gruñido, y el hombre se levantó de un brinco.

—Vuelva abajo. Yo también estoy muerto de sueño, ¿entiende?

Se acercó a la balaustrada. El jardín, bajo las primeras luces del día, tenía un aspecto lóbrego y melancólico, muy acorde con su estado de ánimo.

En alguna parte de la casa sonó un teléfono. Un instante después, desde abajo, alguien gritó su nombre.

Bajó rápidamente. Tomó el teléfono y gruñó su nombre al auricular.

—Le habla Warren, teniente. Stout me dijo que...

—Ya sé, ya sé. ¿Qué consiguió usted?

—Fue fácil, señor. En el Tropicana me dieron el teléfono del encargado. Hablé con él. Esa mujer se llama Annie de Bruin. Tiene un apartamento en el siete, cinco, dos de Morgan Drive.

—Magnífico, Warren. No es necesario que vuelva usted aquí. Vaya a esa dirección y espéreme en la calle. Le haremos una visita a esa dama. ¿Entendido?

—Está bien, me encontrará allí.

Colgó. De todos modos, supo que aquella mujer poco podría aclararle respecto a la muerte de Scarfino.

Regresó arriba, a la butaca profunda y cómoda, en la que se hundió, dispuesto a esperar noticias de Stout.

Antes que las noticias, le llegó el sueño, y se quedó dormido. Fuera, amanecía rápidamente.

CAPÍTULO X

Desde una ventana, Gordon vio alejarse al detective Stout cuando éste se cansó de llamar a la puerta. Sonrió para sí. No era todavía el momento de lidiar con los policías. Antes era preciso que aclarase, algunas cosas que le intrigaban.

Amanecía. Desde su observatorio, podía ver el pequeño coche deportivo estacionado junto a la esquina. Sabía que alguien aguardaba dentro de él, porque durante las horas de la noche vio brillar la brasa de un cigarrillo, operación que se repitió muchas veces.

El coche del detective desapareció, al fin. Justo en aquel momento, la portezuela del cochecito se abrió, y la mujer se apeó de él, titubeante.

Gordon suspiró. La vio avanzar por la acera. Cuando estuvo más cerca, pudo verla con detalle, y apenas dio crédito a sus ojos. Era apenas una chiquilla de veinte o veintidós años, tan bella, que parecía irreal. Su cuerpo juvenil era una filigrana de increíble perfección, sostenido por unas piernas largas y exquisitamente moldeadas. Se preguntó quién sería aquella asombrosa belleza.

Ella titubeó unos instantes ante la abierta puerta de madera de la cerca. Después, la empujó y atravesó el jardín, sin que pareciera todavía muy decidida sobre lo que debía hacer.

Gordon se dirigió a la puerta. La abrió de golpe, sorprendiendo a la muchacha mientras trataba de decidirse a llamar.

—Pase, no se quede ahí toda la mañana.

Ella pareció a punto de echar a correr. Él sonrió y añadió:

—Entre. Después de todo, ha permanecido horas intentando decidirse a venir.

—¡Oh! ¿Cómo lo supo?

—Estuve observándola.

Al fin, se deslizó al interior. Una vez más, Mac Lean notó un

profundo escalofrío, al verla tan cerca.

—He visto marcharse a ese hombre... Yo sabía que usted estaba en la casa. Me asusté...

—Cálmese. ¿Le apetece un poco de café?

—No, gracias...

—Bueno, suéltelo.

Ella titubeó.

—Usted... usted me salvó, ¿no es cierto?

—Bien, digamos que intercepté al tipo que la perseguía con un cuchillo.

—Peleó con él, lo vi desde lejos... Le venció.

—Sí.

—¿Quién es usted?

—Esa misma pregunta iba a hacérsela yo, pero usted me ha ganado por la mano. Me llamo Mac Lean.

—No comprendo nada de lo que pasó anoche, pero sé que fue algo terrible. Tenía tanto miedo...

—Quizá ahora me permita hacerle unas preguntas a mi vez, ¿sí?

Ella asintió con un gesto.

—¿Cómo he de llamarla?

—Eveline... Eveline Rains.

—Bueno, es un nombre que... ¡Cristo! —exclamó, al recordar las sensacionalistas informaciones de las revistas.

Ella esbozó una pálida sonrisa.

—Sí —musitó—. Él es mi padre.

«Era», pensó Mac Lean.

Por primera vez, experimentó un extraño sentimiento, respecto a la muerte del asesino.

—¿Qué estaba haciendo allí, a semejantes horas de la noche?

—Yo... quería verle.

—¿Entrando como un ladrón?

—¡Le llamé por teléfono! Nunca supe quién había sido mi padre hasta que publicaron esos sucios artículos. Intenté hablarle por teléfono. No quiso recibirme... Vociferó como un energúmeno. Pero era mi padre, ¿entiende? Deseé conocerle de cerca. Por eso estuve un par de noches reconociendo el terreno. Hay una puertecita posterior, por la que salía aquel hombre. La dejaba abierta hasta que regresaba. Pensé que podía colarme por ella, y, una vez dentro,

él no tendría excusa y me atendería... sólo que tardé demasiado en decidirme, y aquel horrible individuo me descubrió. Ni siquiera quiso escucharme. Sacó el cuchillo y entonces huí...

—Ya veo.

—Lo que no comprendo es qué estaba haciendo usted allí.

—Poco más o menos lo mismo que usted, aunque con otras intenciones.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿También quería entrar?

Titubeó. Una mirada a los profundos y luminosos ojos de la muchacha frenó sus palabras.

—No, sólo observar la residencia de Scarfino.

Ella estaba francamente aturdida. Gordon dijo, al cabo de unos instantes:

—Voy a preparar café. Ambos lo necesitamos.

—Le ayudaré...

Entraron en la cocina. Él preguntó:

—¿Qué siente hacia su padre, Eveline?

—Nada... Ya sabía que era un criminal, ¿comprende? Y ahora, después de la horrible experiencia de anoche, sé que ha sido una gran suerte para mí que él no quiera ni siquiera conocerme. Pero estaba terriblemente intrigada por usted. Me salvó la vida —repitió casi sin voz.

—Olvidalo, ya pasó.

Prepararon café fuerte y negro, con el que Gordon llenó dos tazas. Volvieron a la sala donde ella se hundió cansadamente en una butaca.

—Fue una experiencia que no olvidaré nunca...

—Dígame, ¿estuvo usted viéndome todo el tiempo, después de mi pelea con el guardián?

—No, yo... Bueno, fui a refugiarme en el coche. Luego pensé que usted merecía que le diera las gracias por lo que había hecho, y volví. Le vi dirigirse a su coche, y entonces empezaron a gritar en el jardín, y oí cómo los hombres corrían. Me asusté y retrocedí. Por eso le seguí cuando se marchó de allí.

Él no pudo contener un suspiro de alivio. Había creído que ella, tal vez, había asistido, sin saberlo, a la muerte de Scarfino.

—¿Qué piensa hacer ahora, pequeña?

—Nada, seguir con mi vida normal. Tengo un buen empleo...

Apuraron el café. La muchacha se levantó al dejar la taza sobre una mesita.

—Debo irme —murmuró—. Ahora me siento mucho más tranquila.

—Debe olvidarse de todo lo sucedido. Quizá, si usted me deja, yo pueda ayudarla.

—¿Ayudarme?

—A olvidar, quiero decir. Sonrió.

—No se necesita ayuda para eso —dijo—. Pero podemos probar, si quiere.

—Quiero, desde luego. ¿Dónde vive?

Ella revolió en su bolso, y le ofreció una tarjeta.

—Iré a buscarla a las siete. Cenaremos juntos. ¿Está conforme con el programa?

—Bien, quizá sea demasiado pronto a las siete. Tengo algunos compromisos...

—Si sale antes, o no puede estar allí cuando yo vaya, deje una nota para que sepa cuándo podré reunirme con usted y dónde. ¿Lo hará?

Ella asintió, dirigiéndose a la puerta. Gordon la escoltó, extasiándose una vez más con el grácil cuerpo de la muchacha.

La vio dirigirse a su coche y desaparecer después, conduciéndole calle abajo. Cerró la puerta y volvió al interior, con una profunda sensación de amargura en su interior.

¿Qué sucedería cuando ella supiera que el matador de su padre había sido él?

Se negó a pensar en eso. Bebió otra taza de café, y se dispuso a salir. Ahora estaba dispuesto a enfrentarse con la policía, sin temor alguno.

Morand llamó a la puerta, escoltado por Stout y el detective Warren. No obtuvo respuesta.

Stout comentó:

—Apuesto a que la dama encontró un sustituto de Scarfino anoche.

El teniente repitió la llamada, sin resultado alguno.

—Volveremos más tarde —decidió, disgustado. Warren dijo:

—Hay luz en el interior, teniente.

—¿Qué?

—Mire.

Señaló debajo de la puerta. Efectivamente, una fina línea de luz se filtraba por la rendija.

—No lo entiendo. ¿Por qué no responde, si está ahí?

—Quizá no quiere tratos con la policía —aventuró Stout. Más práctico, Warren propuso:

—Podríamos abrir esa puerta... si usted asume la responsabilidad, teniente.

—¿Cómo, echándola abajo para levantar a todo el vecindario?

—Hay otros sistemas, usted lo sabe.

Morand le miró con el ceño fruncido.

—No me diga que tiene usted una ganzúa, Warren...

—Pues sí. Bueno, se la quité a un granuja cuando lo detuve. Fue una de esas cosas... quedó olvidada en mi bolsillo, y luego ya la guardé como recuerdo.

—No me diga.

—Así fue.

Morand gruñó:

—Adelante, inténtelo.

Un minuto después, la puerta estaba abierta. Stout dijo:

—Cualquiera creería que junto con la ganzúa te quedaste también con la habilidad de tu detenido...

Entraron. Las luces estaban encendidas y los muebles, lujosos, en perfecto orden. Sobre algunos de ellos aparecían algunas delicadas prendas femeninas, como si hubieran sido esparcidas a voleo, a medida que su propietaria se las quitaba.

—Un delicioso escenario, ¿no les parece? —comentó Warren.

—Soberbio —bufó Stout.

Morand abrió la primera puerta que encontró a mano. Era un dormitorio, y también allí las luces estaban encendidas.

Sobre la cama, en una postura de abandono absoluto, yacía la mujer. Estaba muerta.

Morand jadeó:

—Miren eso.

Miraron. Había sangre empapando las sábanas. El cuerpo, desnudo, mostraba las heridas de bala bajo los senos.

No había nada fuera de su lugar en el dormitorio, excepto más prendas íntimas sobre los muebles.

—No hubo lucha —gruñó Morand—. Quien fuera que la mató, era conocido de ella.

—Intimo diría yo, a juzgar por cómo le admitió —comentó Stout con cierta ironía.

—Usted y sus malditas ideas. Vamos, llame a los muchachos. Nos está cayendo trabajo a puntapiés...

Fue Warren quién se dirigió al teléfono. Morand se movía de aquí para allá, observándolo todo, buscando el menor detalle que le revelara lo sucedido.

—No ha sido un crimen pasional —gruñó—. Ella estaba sola en la cama. No hay huellas de otro cuerpo. El fulano estaba de pie junto al lecho, cuando disparó. Me pregunto por qué la han matado precisamente después de su fracasada cita con Scarfino.

—Me gustaría echarle el guante al que hizo ese trabajo, teniente. Esa dama era toda una belleza.

Cuando Warren regresó, anunciando que los peritos estaban en camino, Morand gruñó:

—Encárguese de eso, Stout. Quiero hacer un par de comprobaciones cuanto antes.

Cuando termine aquí, me encontrará en mi despacho.

El detective asintió, pero de pronto dijo:

—¿Examinó la libreta de notas de Scarfino?

—Todavía no he tenido tiempo. Lo haré cuando llegue a la Central. También enviaré a alguien para que revise la caja fuerte, si consigue abrirla.

Se marchó definitivamente, más desconcertado y preocupado que nunca... Estaba convencido de que aquel crimen tenía alguna relación con la muerte de Scarfino, pero si había de aceptar la idea de que a éste le había matado Mac Lean, no estaba dispuesto a pensar siquiera que el muchacho hubiera asesinado también a la mujer.

Era una pesadilla... Nada tenía sentido.

Una vez más, volvió a tener en cuenta a James Barrow. Quizá, después de todo, aquel sanguinario matarife hubiera conseguida al fin su viejo sueño de eliminar a Scarfino, y regresar a la cúspide del crimen.

James Barrow ni siquiera pestañearía al matar a una mujer. Ni Leo Vaner, su conocido lugarteniente.

La cabeza de Morand era un caos, cuando se colocó ante el volante de su coche. Un caos que no estaba muy seguro de aclarar alguna vez...

CAPÍTULO XI

El teniente leyó el informe del forense por tercera o cuarta vez. Se echó atrás en el sillón, perplejo. Aquello no tenía sentido alguno.

Era lo más absurdo que había visto en su vida.

O quizá el médico se había vuelto loco, reflexionó. No sería nada sorprendente, teniendo en cuenta que se pasaba la vida descuartizando cadáveres en la Morgue.

Sólo a alguien que hubiera perdido la brújula podía ocurrírsele semejante sarta de insensateces.

Volvió a tomar las dos hojas mecanografiadas, y las releyó, con la esperanza de que hubiese interpretado mal cualquiera de los párrafos.

No se había equivocado. Las letras seguían estando allí, absurdas, sin sentido.

Soltó un gruñido, y descolgó el teléfono. Unos instantes después, estaba hablando con el forense.

—Acabo de leer su informe, doc.

—Ya le dije que había algo raro en aquel cadáver.

—El «fiambre» estaba bien, sin duda alguna —rezongó—. El único raro aquí es usted. ¿Qué infiernos bebió antes de hacerle la autopsia?

—Usted debería saber que soy abstemio. El resumen que le envíe refleja exactamente la realidad con todo detalle.

—¡Pero es un caso de locos!

—Muy bien, pero, de cualquier modo, eso no me preocupa. ¿Tiene algo más que decirme, teniente? Mi tiempo cuesta dinero.

—¿Dinero de quién? Oiga, ¿qué puede decirme de la mujer que encontramos esta mañana?

—Acaban de traerla. Tres balazos, probablemente con un «38». El asesino sabía dónde debía disparar para estar seguro de su trabajo. Un profesional, sin duda.

—Gracias.

—No me las dé, teniente. Es mi trabajo, precisamente.

Sonó un chasquido, y Morand colgó a su vez, tan perplejo que durante unos momentos no atinó a moverse.

Cuidadosamente, dobló el informe médico legal, y lo guardó en un cajón. Y de pronto, igual que un chispazo, la comprensión se abrió paso en medio de su aturdimiento, y casi pegó un salto.

Ahora, las cosas tenían cierto sentido, encajaban.

Estuvo unos minutos barajando hipótesis. Era sorprendente cómo cada cosa ocupaba su lugar. Si hubiera podido interrogar a la mujer, antes de que la mataran, todo el maldito caso estaría tan claro como la luz.

De pronto, recordó otra cosa. Sacó la libreta de notas de Scarfino, y comenzó a revisarla meticulosamente.

Quedó asombrado de la cantidad de nombres importantes que contenía. Nombres de gentes pertenecientes a todas las esferas, junto a sus teléfonos.

Y de pronto, uno de los nombres saltó ante sus ojos como un golpe.

Se quedó helado. ¿Por qué aquel nombre estaba anotado en la libreta de Scarfino? Ahora ya no cabían dudas respecto al renegado que, indirectamente, había sido causa de que Marty Mac Lean fuera asesinado.

¡Jim Gale!

El estenógrafo que tomó la declaración del desgraciado viejo.

Furioso y amargado, se levantó y abandonó el despacho. La carrera del traidor había terminado.

Faltaban cinco minutos para las siete de la tarde cuando Gordon aparcó el coche cerca del edificio donde Eveline tenía su apartamento.

Era un bloque moderno, una colmena de lujo. Al entrar, advirtió que estaba dotado de aire acondicionado y construido a prueba de ruidos. Tan pronto las puertas de cristal se cerraron tras él, se encontró inmerso en un suave silencio, confortable, y en el que apenas oía sus propios pasos.

El encargado al que preguntó si Eveline había dejado algún recado para él, sacudió la cabeza.

—No creo que haya regresado todavía —dijo—. La hubiera

visto.

—Lo probaré, de todos modos.

Subió en el elevador. Arriba, el pasillo era amplio, silencioso y fresco. Buscó la puerta de la muchacha. Estaba al final del pasillo. Había el número dorado sobre la madera.

Se disponía a llamar cuando le pareció oír un grito sofocado al otro lado de la puerta.

Quedó rígido. Instantáneamente, sus entrenados reflejos entraron en funcionamiento. Pegó el oído a la madera y creyó escuchar una voz de hombre, ronca y contenida.

Hubo un silencio. Luego, otro murmullo y un ahogado gemido.

Gordon titubeó sólo unos instantes. Retrocedió hasta separarse unos pasos de aquella puerta de aspecto sólido. Tomó impulso y se lanzó contra ella, con el hombro por delante.

Hubo un impacto terrible. La madera resistió, pero la cerradura, no. Saltó de su engarce con un chasquido, y la puerta giró, precipitándole a él dentro, dando traspiés.

Y entonces se desataron todas las furias del infierno.

Atada a una silla estaba Eveline. Tenía oscuros hematomas en el hermoso rostro, las ropas desgarradas y unos finos cortes en el pecho. Su mirada aterrorizada ni siquiera pareció reconocerle.

Y había dos hombres también. Dos hombres de aspecto brutal, que giraban hacia él, sorprendidos.

Gordon, cuyo entrenamiento había sido llevado a cabo por expertos, sabía que no debía dejarse dominar nunca por el furor. Un hombre enfurecido en una pelea sólo dispone de una parte de sus facultades de raciocinio.

Pero en sus entrenamientos nadie le habló de una situación semejante, en la que habría de luchar bajo la pasión de una cuestión estrictamente personal.

Cayó sobre el más cercano de los dos, como una bala de cañón. Su puño, como una maza, se hundió en el estómago del enemigo, doblándole. Disparó la rodilla hacia arriba, conectando un impacto escalofriante en la cara. El tipo aulló y cayó dando tumbos. Empuñaba un revólver, y parecía dispuesto a utilizarlo.

No obstante, el que trataba de estrangularle gruñó:

—¡Nada de ruido, James!

—¡Quiero agujerearle las tripas!

—Hazlo, y tendremos aquí a la policía en dos minutos... Ayúdame... trata de sujetarle...

Gordon llevó las manos hacia atrás. James Barrow se le echó encima, golpeándole salvajemente. Él consiguió aferrar un puñado de cabellos del que había a sus espaldas. Los pulmones le ardían, y todo comenzaba a volverse turbio a su alrededor.

Disparó un puntapié contra James Barrow, y le cazó más abajo del cinturón. De nuevo rodó dando tumbos por el suelo, quejándose con voz ahogada, gimiendo, hasta que se detuvo junto a la pared.

Entonces, Gordon se echó hacia adelante, tirando con todas las fuerzas que le quedaban de los cabellos que había apresado. El hombre soltó la presa en su cuello, y manoteó cuando se vio volando por el aire. Dio una voltereta, gritando como un loco. Su grito se convirtió en un aullido cuando el puñado de cabellos se quedó entre los dedos de su enemigo, y él salió libre, girando en pleno vuelo. Se estrelló contra Barrow, y su aullido cesó. El impacto hizo retemblar las paredes.

De un salto, Gordon estuvo junto a la puerta y la cerró lo mejor que pudo para evitar que los ruidos llegaran demasiado lejos. Tras esto, se precipitó sobre el revoltijo de brazos y piernas que se debatían tratando de separarse.

—¡Mátalo, Vaner, mátalo! —jadeó Barrow.

Vaner se apartó. Una zarpa dura como el hierro le apresó, obligándole a girar en redondo. Un puño que zumbó como una bala se hundió en su boca, reventándole los labios y obligándole a tragarse la mitad de los dientes.

Rebotó hacia atrás. Su cabeza golpeó contra la pared y se desplomó lentamente, vomitando sangre y dientes, todo a la vez.

Barrow volvía a empuñar el revólver. Con los ojos turbios por el dolor, trató de enfocar al silencioso luchador, pero antes de que pudiera conseguirlo, algo semejante a un hacha se abatió sobre su muñeca armada. Fue un impacto seco, duro, propinado con el borde de una mano semejante a una maza. Los huesos crujieron al astillarse, y el revólver cayó de sus dedos inertes, al tiempo que él empezaba a chillar, loco de dolor.

—Tu compinche dijo que no debías alborotar —le recordó Gordon.

Le cerró la boca con un zurdazo escalofriante. El maxilar de

Barrow fue incapaz de soportar el brutal impacto, y se quebró como si hubiera sido de cristal. Sus ojos giraron en las órbitas hasta mostrar el blanco absoluto. Cayó primero de rodillas, donde le cazó un puntapié que retumbó en su cráneo sonoramente. Luego, su cara se abatió sobre la alfombra, y ya no volvió a mover ni un dedo.

Gordon se encaminó adonde Vaner gemía lastimeramente, Su camisa había cambiado de color bajo el chorro de sangre que brotaba de su boca rota.

Mac Lean volvió a sujetarle por los cabellos y le obligó a levantarse. Tanteó sus bolsillos y sacó una pistola, y un fino estilete, corto y agudo. En la punta había aún rastros de sangre.

Sangre de Eveline.

Ciego de ira, Gordon arrojó las dos armas a un rincón, y golpeó al rufián con tanta saña que Vaner creyó que había caído dentro de una máquina de trincar carne.

Gemía, aullaba y suplicaba a la vez. Hasta que otro zurdazo espantoso le cerró la boca definitivamente. La mano que le sostenía, le soltó. Sus piernas comenzaron a doblarse.

—Otra vez lo pensarás un poco antes de torturar a una mujer —dijo Gordon, con voz que rechinó enfurecida.

Volteó el brazo y descargó el último puñetazo, una especie de despedida de Vaner.

El brutal impacto levantó a este del suelo. Luego, inconsciente, voló materialmente hacia atrás, sin que nada detuviera su trayectoria hasta llegar al ventanal.

Hubo un sonoro estallido de cristales. Todo el ventanal desapareció tras el cuerpo que ahora volaba hacia la calle... quince pisos más abajo.

Eveline sollozaba histéricamente, sujeta a la silla. Jadeando, Gordon dio una mirada a Barrow, pero éste había perdido el conocimiento, y tardaría mucho tiempo en volver a rebullir.

—Calma, pequeña —barbotó—. Ya pasó...

—¡Gordon!

—Tranquilízate.

Luchó con las ligaduras hasta vencerlas, librándola tan rápidamente como pudo. La encerró entre sus brazos, sosteniéndola contra su pecho, mientras ella continuaba sollozando y estremeciéndose por el terror vivido.

Instantes después, Gordon indagó:

—¿Quiénes eran, Eve?

—No lo sé... Me sorprendieron tan pronto llegué. Había abierto la puerta, mediante una ganzúa... estaban esperándome aquí dentro.

—Muy listos... ¿Qué es lo que querían?

—Bueno... hasta el final no me lo dijeron. Estuvieron diciéndome primero todo lo que pensaban hacerme entre los dos... cosas horribles...

—Calma.

Ella levantó el rostro hacia él y musitó:

—Yo no sabía que existieran hombres como éstos, Gordon, bestias salvajes, inhumanos y degenerados...

—Ya tiene lo suyo, no debes preocuparte.

Inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos, suavemente.

Eveline cerró los ojos, sintiéndose desfallecer, pero los duros brazos que la sostenían le recordaron que ahora ya no tenía nada que temer, que aquel hombre era su refugio, y que en ningún otro lugar estaría tan segura como en aquella especie de duro cepo. De modo que respondió al beso, abandonándose a esos instantes de enloquecedoras sensaciones.

Así les encontraron los dos guardias que empujaron la puerta bruscamente.

Los dos se detuvieron en seco, atónitos por el espectáculo. Sobre la alfombra había manchas de sangre. Junto a la pared, un hombre, al parecer muerto, a juzgar por su aspecto, con la cara convertida en una máscara informe y sanguinolenta... Y aquella pareja besándose.

—¿Qué te parece? —Gruñó el más viejo.

—Bueno, resulta divertido, ¿eh?

—Mira el ventanal. El tipo cayó por ahí.

—O le arrojaron. Esto parece una carnicería. Hay sangre por todas partes.

Gordon apartó suavemente a la muchacha y murmuró:

—Todo irá bien ahora.

—¡Eh, ustedes!

Se volvieron. Los dos guardias avanzaron.

—¿Qué diablos sucedió aquí, eh?

—Estaban torturándola cuando llegué. Tuvimos un poco de gresca, y uno de ellos cayó por el ventanal.

—¿Y ese otro?

—Ése está vivo.

—¿Sabe usted quién es?

—No... el otro le llamaba James. Nunca le había visto.

El policía más viejo se había arrodillado junto al inconsciente pistolero. Soltó una exclamación de asombro, y exclamó:

—¡Que me ahorquen! Es Barrow... James Barrow. Llama a la central, Bill. Apuesto que saltarán hasta el techo cuando lo sepan.

Se levantó. Eveline dijo en un susurró:

—¿Qué pasará ahora, Gordon?

—Nada, sólo unas cuantas molestias. Pero no me dijiste qué querían de ti esa pareja.

—Oh, sí... Me llenaron de terror. Eso duró mucho tiempo... Luego, ese Barrow sacó unos pliegos de papel, y me dijo que sólo podría evitar lo que me esperaba, si los firmaba.

—¿Accediste?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Comprendo.

—Los firmé todos. Eran una especie de cesión de capital... no lo entendí muy bien. Con esos documentos podía exigirme todo el dinero de la herencia de Scarfino...

—Ahora comprendo.

—Pero no sirvió de nada firmar. Se disponían a hacerme todo lo que dijeron al principio, cuando tú llegaste... Eran como bestias salvajes, Gordon.

—Jamás volverán a aterrorizar a una mujer.

La llevó al diván, donde los dos tomaron asiento. Él le rodeó los hombros con su brazo, y la muchacha se dejó deslizar hasta que su cabeza de rojos cabellos reposó sobre el torso del hombro.

Minutos después, él murmuró:

—Cuando nos dejen salir de aquí, pequeña, iremos al despacho del teniente Morand. Quiero que oigas lo que tengo que decirle.

—No te comprendo.

—A su tiempo, querida.

—Querida... Es agradable oírtelo decir, Gordon.

—¿Tú crees en el flechazo?

—¿Por qué no?

Callaron. Entre unos y otros, les estropearon la cena y la noche.

—Y ésta todavía no ha terminado.

Morand miró a los dos jóvenes y frunció el ceño.

—Estuvimos buscándole durante todo el día, Mac Lean —gruñó.

—Estuve muy ocupado.

—Arrojando tipos por la ventana —comentó Stout, recostado contra la puerta. Gordon le dirigió una mirada, que tuvo la virtud de volverle mudo.

Morand insistió:

—¿Dónde estuvo usted? ¿Esquivándonos?

—En absoluto.

—Quiero saber dónde estaba anoche. Y le prevengo que comprobaré su coartada, segundo a segundo, porque...

—No se canse, teniente.

—¿Cómo?

—No necesito ninguna coartada para la hora en que murió Scarfino.

—Ésta es buena. ¿De modo que no la necesita?

—¿Para qué? Yo maté a Giorgio Scarfino, Morand. Él había asesinado a mi padre, después de haberlo arruinado. Y mató a muchas otras personas decentes...

Eveline contuvo el aliento. Su mano se convirtió en una pequeña tenaza sobre el brazo de Mac Lean.

Morand se levantó poco a poco. Sus ojos buscaron los de Stout, y ambos cambiaron una mirada extraña.

—Lo sabía —refunfuñó el detective—. Estaba seguro.

—Utilice un «Marlin 30 - 30». Ustedes debieron encontrar el cartucho vacío.

—Lo encontramos al pie del árbol. ¿Disparó desde allí?

—Sí.

—Con una mira telescópica, por supuesto.

—No, fue imposible conseguirla para ese rifle. Dispuse de muy poco tiempo...

Los dos policías cambiaron otra mirada. Gordon comenzó a impacientarse.

—¿Y bien, qué sucede? —Gruñó.

—De modo que usted mató a Scarfino...

Él se volvió hacia la muchacha.

—Ahora ya lo sabes, pequeña. Él era tu padre.

—Jamás lo fue para mí, Gordon... Era un ser desalmado, cruel y sanguinario, lo sé. Y en cuanto a mí, cuando hablé con él por teléfono, me insultó y amenazó de una manera horrible...

Detrás de él Gordon oyó una risita. Ladeó la cabeza, contempló, atónito, cómo Stout se reía sardónicamente.

—¿Qué maldita cosa hay de gracioso en esto, polizone? —le espetó, furioso.

—El teniente se lo dirá.

Morand dijo:

—Usted no mató a Scarfino, Mac Lean.

Gordon dio un respingo.

—No comprendo qué se traen entre manos, pero yo realicé el disparo fatal. Le vi caer, arrastrando el sillón metálico...

—Y disparó usted con un «30 - 30», ya lo dijo antes. Un tiro fantástico, sí, señor.

—¿Quieren burlarse de mí? ¡Les digo que yo disparé aquella bala, desde el árbol al pie del cual encontraron el cartucho vacío!

—Bueno, a pesar de eso, le repito que usted no le mató.

Gordon encajó las mandíbulas, lleno de ira. Eveline les miraba alternativamente, inquieta y rebosante de estupor.

—Siga así y...

—Scarfino ya estaba muerto cuando usted disparó, muchacho.

—¡Qué!

—Lo que oye. El forense es categórico en esto. Scarfino murió envenenado. Un veneno fulminante, que le administró una mujer, poco antes de que usted hiciera fuego.

—¡Increíble!

—No lo es. Fue un cúmulo de circunstancias, que se encadenaron de modo endiablado. De cualquier modo, usted no lo mató. Y el hecho de que nos haya entregado a Barrow convertido en una piltrafa gimoteante, hace que seamos muy considerados con usted, muchacho. Barrow era todavía más sanguinario que el propio Scarfino.

—Entonces, me gustaría saber cuál es ahora mi situación legal.

—Eso será mejor dejarlo para su abogado. Por mi parte creo que con su asistencia ante el juez para declarar habrá suficiente.

Gordon apenas podía creerlo. Los dos policías permanecían rígidos, serios, como esperando algo.

Él se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué piensas hacer tú, Eve, ahora que lo sabes todo?

—¿Puedes dudarlo?

Subió los brazos y le rodeó el cuello, colgándose materialmente a él. Sus labios se encontraron apasionadamente.

Stout Comentó:

—Los patrulleros dijeron que les habían encontrado así.

—Muy, bien, pero éste es mi despacho, maldita sea...

Soltó un gruñido que tuvo la suficiente fuerza como para separar a los dos jóvenes. Eveline sonrió al teniente...

—Le invitaré —susurró—. Pronto.

—¿A la boda?

Fue Gordon quien dijo:

—¿A qué otra cosa, hombre?

Se dirigieron a la puerta. Stout la abrió, socarrón.

—También a usted, por supuesto —dijo Mac Lean, riéndose.

El detective de primera, Stout, cerró poco a poco tras la pareja. Luego, gruñó:

—Sólo imaginarlo me da dentera... Me pregunto si esa chica tendrá alguna hermana gemela...

—Olvidé preguntárselo. ¡Maldita sea! ¿Olvida usted que está trabajando?

Stout suspiró, abrió la puerta otra vez y abandonó el destartalado despacho del teniente Morand.

Pero ni por un instante olvidó la bella imagen de Eveline. Y, tal como dijera en un raptó de sinceridad, sólo imaginarla sentía dentera...

No era para menos, naturalmente.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

